

Selección
TERROR

CLARK CARRADOS

SATAN DEJA SU HUELLA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

390 — Cazadores de fantasmas, *Joseph Berna*.
391 — ¡Morded, vampiros, morded!, *Joseph Berna*.
392 — La muerte tiene ojos, *Ada Coretti*.
393 — El final del miedo, *Clark Carrados*.
394 — En estado de muerte, *Lou Carrigan*.

CLARK CARRADOS

SATAN DEJA SU HUELLA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 395
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.255 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El motor empezó a toser y el conductor del coche lanzó una maldición, después de examinar el indicador de la gasolina, que ya estaba a cero. Por fortuna, podía divisar las luces de una gasolinera a menos de doscientos metros y estaba en un trozo de la carretera que hacia pendiente en descenso, lo que le permitió llegar sin dificultades al poste.

El cielo aparecía completamente negro. Por esa razón, se habían encendido las luces de la gasolinera, aunque todavía faltaba bastante para la llegada de la noche. Algernon Drooke paró el automóvil junto al poste y se apeó inmediatamente.

—Llénelo, por favor —dijo al mozo que se acercó a atenderle.

El hombre le miró con cierto recelo. Las ropas de Drooke no habían sido compradas la víspera, precisamente. En cuanto al coche, más que necesitar una capa de pintura u otro motor, necesitaba... otro coche.

Drooke entendió los recelos del sujeto y sacó varios billetes.

—Tengo dinero —dijo.

—Ah —gruñó el empleado.

Cayeron algunas gotas. El ambiente era húmedo, pesado. De pronto, Drooke divisó una construcción en lo alto de una colina situada a unos mil metros de distancia.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

El mozo volvió la cabeza un instante.

—Unos la llaman Rhylings Place y otro Devil's Palace, el Palacio del Diablo, para que lo entienda. Si quiere un consejo, forastero, no se hospede allí.

—¿Y por qué había de hospedarme en esa casa? —respingó Drooke.

—Porque en el pueblo no hay posada ni cosa que se le parezca. Porque ha diluviado estos días, el Harrons Creek está salido de madre y se ha llevado el puente que hay al otro lado del pueblo y porque tendrá que dar media vuelta si quiere seguir viaje y regresar por donde ha venido.

—Vaya una perspectiva —se quejó el viajero.

Cayeron más gotas de agua.

—Otro diluvio —dijo el empleado lúgubremente—. Me debe tres libras y veinte chelines.

Drooke pagó el gasto. Ahora llovía a cántaros.

—Si voy a Devil's Palace... Perdón, quise decir Rhylings Place, si voy allí, repito, ¿me darán alojamiento?

El mozo se encogió de hombros.

—El camino a la colina está a cien pasos más adelante —dijo. Dio media vuelta y desapareció en el interior de! barracón.

Era ya casi de noche. Un tremendo relámpago iluminó con su fulgor la colina y la casa. Drooke sintió en la cara el ramalazo de un violento chorro de

agua.

Entró en el coche. No podía seguir viajando con un tiempo tan inferna!. El rodeo le costaría treinta millas o más y había atravesado un par de débiles puentecillos tendidos sobre arroyos turbulentos. ¿Qué sucedería si las aguas se llevaban alguno de dichos puentes?

El trueno llegó, retumbante, corno si en alguna parte hubiera explotado una bomba atómica. Drooke entró en el coche y dio el contacto.

El empleado le había dicho que en Rhylings Place le darían hospedaje por aquella noche. Al menos, le quedaba suficiente dinero para pagar el gasto.

—Palace, Place... —murmuró.

Dos palabras muy parecidas. Sólo que una era el complemento de un nombre infernal y la otra era, seguramente, el que correspondía auténticamente al lugar hacia el que se dirigía. A poco, encontró la desviación y se metió por el nuevo camino sin vacilar.

Un deslumbrante relámpago iluminó el edificio, muy antiguo, con tejados de gran pendiente y un par de picudos salientes, parecidos a fantásticas almenas. La fachada tenía vigas a la vista y había una especie de mirador saledizo, con ventanas cuadriculadas en rombos, al otro lado de la cual se divisaba una silueta humana.

Drooke paró el coche. Había otro frente a la puerta principal. Saltó al suelo, eludió un par de charcos y llegó a la protección que representaba una saliente marquesina, sostenida por dos pesados soportes de piedra, tallados en forma de dragón.

Las caras de los dragones eran horribles, casi humanas, y asomaban cuernos retorcidos por los lados de su cráneo. De repente, Drooke vio un notable parecido de aquellos rostros con el de un animal determinado.

Tardó unos segundos en identificar la especie. «El macho cabrío», pensó. Una de las personificaciones de Satanás, la más venerada por sus adoradores. ¿Era el tótem protector de la casa?

En el llamador se había reproducido la misma especie. Drooke no pudo evitar santiguarse antes de empuñarlo para llamar. Cuando hacía la señal de la cruz, brilló un relámpago y se oyó un horroroso trueno que le hizo creer iba a desaparecer el mundo.

Tragó saliva. El gesto devoto y el estallido del trueno habían sido casi simultáneos. ¿Acaso aquel horrible estruendo era la respuesta del diablo?

Por un instante, sintióse tentado de volver a su coche y escapar de allí, pero, en el mismo momento, creyó que se abrían todas las fuentes del cielo. «Dios, qué diluvio», murmuró.

Golpeó la puerta. El ruido estremeció la casa, casi como otro trueno.

Pasaron unos segundos. Iba a llamar de nuevo, cuando, de pronto, se abrió la puerta.

Un hombre apareció al otro lado. Era bajito, rechoncho, casi calvo, con unos ridículos mechones de pelo que sobresalían de sus sienes y una estrambótica vestimenta, que le hacía parecer un personaje de otro siglo.

Drooke contempló la chaquetilla de terciopelo rojo oscuro, con botones dorados, el chaleco verde y los anticuados calzones cortos, con medias verdosas. «Casi parece un gnomo», pensó, al apreciar su escasa estatura.

—Señor... —dijo el hombrecillo.

—Ejem... —Drooke carraspeó—. Perdone, me dijeron en la gasolinera que aquí podrían darme hospedaje por esta noche...

Alguien habló desde el interior de la casa, en un punto elevado.

—Richard, ¿qué sucede?

El gordito se volvió.

—Perdón, señor: es un viajero que pide hospedaje por esta noche.

—No tenemos habitaciones libres —contestó el hombre—. Dígale que se marche.

—Lo siento, señor —dijo el gordito.

—Pero...

Drooke se sentía muy fastidiado. A sus espaldas, caía una catarata de agua. Tendría que quedarse en el coche, porque no se sentía con fuerzas para continuar el viaje.

De pronto se oyó una voz femenina.

—Antón, creo que no podemos negar nuestra hospitalidad a una persona, en esta noche tan mala.

La voz era muy suave, con tonos extremadamente dulces, como Drooke no había oído jamás. Le pareció que era la voz de un ángel.

—Además —añadió ella—, ya tenemos otro huésped.

—Está bien. Esther, como quieras —dijo el hombre.

Richard se echó a un lado.

—Pase, señor.

—Drooke, Algernon Drooke es mi nombre —se presentó el viajero, que se felicitaba ya de la oportuna intervención de la mujer.

Richard le contempló con lástima y desprecio a un tiempo. Drooke adivinó sus pensamientos. «Todo es por culpa de mis ropas», se dijo.

El vestíbulo era grande, espacioso. Por la escalera que conducía al primer piso, descendían lentamente dos personas.

El hombre era muy alto, fornido, ancho de hombros, lo que daba una impresión de fuerza hercúlea. Curiosamente, tenía la cabeza pequeña, pero los ojos despedían una luz extraña, fascinadora, debajo de unas cejas picudas y muy espesas. Las manos, observó Drooke, eran finas y delicadas como las de un pianista, pero pensó que no le gustaría en absoluto que se cerrasen alrededor de su cuello.

Ella era joven, esbelta, de pelo intensamente negro, peinado muy corto, con un largo flequillo que ocultaba su frente por completo y llegaba hasta el delicado doble arco de las cejas. Vestía un sencillo traje azul oscuro, que contrastaba agradablemente con la nívea blancura de su tez y el rojo intenso de los labios, maravillosamente diseñados.

Drooke no había visto nunca una mujer tan hermosa. Envidió al hombre.

Debía de ser inmensamente feliz con una esposa de indescriptible belleza. Y ella, ¿era feliz?

—Soy Anton Westerby —se presentó él—. Esther Rhylings, la propietaria de la casa.

Drooke hizo una inclinación de cabeza.

—Agradezco infinito la hospitalidad que me prestan —contestó—. Ha sido una suerte que me indicaran Rhylings Place en la gasolinera...

Esther movió una mano.

—Será mejor que entremos en el salón —sonrió—. Pronto nos servirán la cena. Richard, otro plato más, por favor.

—Sí, señorita —contestó el gnomo.

Esther entró en primer lugar, seguida de Drooke y Westerby. Había otro hombre en pie, calentándose frente a la enorme chimenea, en la que ardían unos troncos. A Drooke no le sorprendió ver la figura del macho cabrío en el centro de la repisa. También tenía rostro casi humano.

Ella hizo las presentaciones:

—Mark Grantland, Algernon Drooke —dijo.

Grantland sonrió y alargó la mano hacia el recién llegado.

—Encantado —saludó jovialmente—. Puede llamarme Mark; detesto las ceremonias.

—Algy es como me llaman los amigos —contestó Drooke.

Esther fue hacia una mesa y empezó a llenar copas.

Los caballeros querrán un trago —sugirió, con encantadora sonrisa.

—Nunca rechazo un trago —dijo Grantland un tanto pomposamente—, Y menos cuando me lo ofrece una dama, sea o no hermosa, pero, en el presente caso, la más hermosa que he visto en mi vida.

Esther agradeció el piropo con un leve gesto. Al entregar su copa a Drooke, le dirigió una profunda mirada. Drooke sintió un leve escalofrío en la espalda. Pero era una sacudida de placer. En la mirada de la joven había un mundo de promesas. Ella no mostraba desprecio por sus pobres ropas ni su aspecto desastrado. Le consideraba, simplemente, un ser humano.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir.

La cena transcurrió normalmente, aunque fue Grantland quien llevó el peso de la conversación. Drooke vio en seguida que era un sujeto pomposo, pagado de sí mismo, orgulloso de su dinero y claro ostentador de las cosas caras que podía comprarse, como el fantástico reloj de oro que enseñaba casi a casa instante. Grantland, dedujo el joven, era la clase de hombre que todo el mundo detestaba a sus espaldas y ríe las gracias más absurdas cuando le tiene de frente, sólo porque es rico.

Estudió la actitud de Esther y Westerby. Ella se mostraba cortés, apacible, sonriendo de cuando en cuando. Westerby no parecía hallarse de buen humor y apenas si despegó los labios durante la cena, que fue servida por Richard.

Una hora más tarde, Richard enseñó su habitación a Drooke y le dio las buenas noches. Al marcharse, un trueno hizo retemblar los cristales de la

estancia.

El dormitorio era grande, acogedor, incluso con chimenea. Drooke se dijo que iba a descansar muy agradablemente. Allí estaba seguro hasta que se pasara la tormenta.

Pero, de pronto, se abrió la puerta y entró Grantland.

CAPITULO II

El sujeto llevaba un grueso cigarro en la boca, sosteniéndolo con los dientes, a la vez que sonreía de un modo especial.

—Hola, perdone que haya entrado sin llamar... Soy un tipo descuidado y olvidé el encendedor en el coche. ¿Tiene uno?

—Le daré fósforos —contestó Drooke.

—Gracias, amigo. No sabe lo duro que me resultaría irme a la cama sin haber encendido un cigarro. Es una costumbre que no me puedo quitar...

—Sí, claro.

Grantland encendió el cigarro, despidiendo grandes bocanadas de humo azulado. Después de comprobar que el habano tiraba satisfactoriamente, miró a Drooke y volvió a sonreír.

—¿Piensa quedarse aquí más días? —inquirió.

—Oh, no, me iré en cuanto amanezca —respondió el joven—. Sólo vine por necesidad. Si hubiese habido una posada en el pueblo, me habría quedado allí. En la gasolinera me indicaron esta casa...

—Hace bien en marcharse. Yo también me iré. Devil's Palace no me gusta en absoluto. Oiga, amigo, no soy partidario de creer en las leyendas, pero después de haber estado aquí, me creo cualquier cosa que me digan de esta casa y de sus habitantes.

—¿Ah, sí? Parecen buena gente, al menos ella. Los otros... Bueno, el gordito es un simple sirviente, aunque el otro, quiero decir Westerby, no es demasiado simpático. De todos modos, me marcharé en cuanto haya desayunado y dudo mucho de que vuelva por aquí.

Grantland volvió a dar una chupada al cigarro.

—Esta casa tiene una leyenda —dijo—. Hace siglos, su propietario vendió el alma al diablo. A cambio de dinero y fortuna, claro. Pero quiso deshacer el trato cuando ya tenía lo que quería y el diablo se enfureció y le dejó su huella y dijo que sus descendientes también la llevarían, hasta que realizase una buena acción, que borrase esa especie de maldición.

Drooke se echó a reír.

—Tonterías —contestó—. Es una leyenda originada en tiempos en que la ignorancia y la superstición estaban a la orden del día.

—Tal vez, pero hay ocasiones en que la leyenda se hace realidad.

—¿Va a decirme que cree en tratos con el diablo y cosas por el estilo? —se asombró el joven.

—Bueno... No sé qué decirle, pero cuando llegué aquí y vi a Westerby, me pareció el demonio...

—Si tuviera que actuar en una obra de teatro haciendo el papel del diablo, sí, sería el personaje adecuado. Pero eso no quiere decir que lo sea.

—Todos los descendientes del primer Rhylings que hizo el pacto con Satán han seguido sus pasos; todos fueron gente descreída, capaces de

cometer las mayores barbaridades por un poco de oro. Créame, Esther, la actual propietaria, no es mejor que sus antepasados.

Drooke levantó las cejas.

—¿En qué se funda para afirmar una cosa semejante? —exclamó—. A mí me ha parecido una joven de todas prendas, señor Grantland.

—No se fíe nunca, de las apariencias, muchacho. El diablo fue primero un ángel de gran belleza. No es que crea que ella lo sea, pero sí pienso que puede estar poseída por la huella de Satán.

Drooke contuvo una sonrisa. «Este tipo, tan seguro de sí mismo, un especulador sin escrúpulos, un tiburón para los negocios... y sigue creyendo aún en fábulas y leyendas absolutamente disparatadas», se dijo para sus adentros.

—Esa huella, ¿se refleja en algo? —preguntó—. En su actitud, en una marca física..., acaso en un crimen... ¿Qué le hace pensar una cosa así de Esther Rhylings? —quiso saber.

Grantland hizo una mueca.

—Hay cosas que no se pueden definir del todo con palabras —respondió—. Pero yo también me iré después del desayuno.

—¿Vino aquí porque se perdió o por algún motivo especial?

—Si no le importa, preferiría no contestar a su pregunta, muchacho.

Drooke se encogió de hombros.

—Era sólo curiosidad —manifestó—. Bien mirado, no me importa en absoluto.

Grantland le miró fijamente durante unos segundos, de tal modo, que Drooke llegó a sentirse incómodo. Cuando iba a decir algo, se le anticipó el sujeto.

—Oiga, y perdone la franqueza. Sus asuntos no marchan bien, ¿verdad?

—No tengo por qué negarlo —contestó el joven rígidamente—. Estoy pasando una mala racha, pero ya vendrá la bonanza.

—Me gusta la gente con espíritu combativo —rió el sujeto—. Quizá cambie su suerte, sobre todo, si hemos de creer a la leyenda.

—¿Más fantasías? —dijo Drooke, receloso.

Grantland se inclinó hacia adelante.

—Le confesaré una cosa: aparte de ciertos asuntos personales, yo he venido aquí porque soy un poco supersticioso. El que pasa una noche en Devil’s Palace, o Rhylings Place, como quiera, puede hacerse rico, si se lo pide al diablo. Basta tocar con la mano una de las esculturas que se ven casi por todas partes... Sí, esa cabeza de macho cabrío con cara casi humana...

Drooke sintió deseos de arrojar al sujeto a patadas de su habitación, pero logró contenerse.

—Perdón, señor Grantland, pero estoy muy cansado —dijo.

—Oh, claro, claro. Disculpe...

El hombre se retiró, dejando una espesa estela de humo azulado detrás de sí. Al llegar a la puerta, se volvió y le miró sonriendo.

—¿Por qué no va a su dormitorio? Es guapísima, está sola... y usted, aunque tenga los bolsillos rotos, es joven y bien parecido...

—Salga —dijo Drooke con voz tensa—. Salga inmediatamente de aquí.

Grantland soltó una risita. Abrió la puerta y desapareció en el corredor.

Drooke se sentía furioso. Hasta aquel momento, había soportado, mejor o peor, la gárrula charla del sujeto. Pero las torpes insinuaciones encerradas en sus últimas palabras le habían puesto de mal humor.

Pensar que Esther podía comportarse como una vulgar mujerzuela le hacía sentir una tremenda cólera, aunque no sabía por qué tenía que enfadarse tanto a causa de una joven a la que apenas conocía. Claro que también Grantland había aludido a su desastrosa situación económica y su amor propio había sufrido una herida poco agradable de soportar.

Se había puesto nervioso. Buscó cigarrillos y maldijo al darse cuenta que Grantland se había llevado los fósforos. Sintióse tentado de ir a pedírselos de nuevo, pero por no ver su cara otra vez, prefería acostarse sin fumar.

De pronto, vio sobre la repisa de la chimenea que había en el dormitorio un bote de cuero con fósforos largos. Cruzó la estancia, pero tropezó inesperadamente en un pliegue de la alfombra y cayó hacia adelante.

Extendió las manos para buscar un apoyo y lo encontró en la adornada repisa de la chimenea. Sus dos manos se posaron sobre el relieve del macho cabrío. Estuvo así un instante y luego se enderezó.

Recordó las frases de Grantland. «Bah, tonterías», rezongó, mientras prendía un fósforo.

Al fin, consiguió relajarse. Media hora más tarde, dormía profundamente, olvidado por completo de leyendas relacionadas con el diablo.

* * *

De repente, sonó un estridente alarido.

Drooke se sentó de golpe en la cama, súbitamente despierto por aquel horrible grito, muy penetrante pero también breve. Se preguntó si habría padecido alguna pesadilla.

Miró hacia la ventana, sobre cuyos cristales resbalaba incesantemente el agua de lluvia. Muy a lo lejos, brilló un relámpago. El trueno tardó bastantes segundos en llegar, apenas audible, lo que le dijo que lo peor de la tormenta había pasado ya.

Súbitamente, creyó oír voces en el corredor. Fueron un par de frases muy cortas, ininteligibles, pero pronunciadas con cierto enojo por uno de los dos hombres. ¿Qué hacían aquellos individuos en el corredor del primer piso a una hora tan avanzada?

Miró su reloj de esfera luminosa. Las dos y cuarto. Alguien, no lejos, emitió una gruesa interjección.

—¡Vamos, estúpido! ¡Date prisa!

Alguien corrió precipitadamente hacia las escaleras. Volvió el silencio.

Estimulado por una curiosidad invencible, Drooke abandonó el lecho, cruzó el dormitorio a tientas y abrió la puerta un poco. Entonces vio algo que le cortó la respiración.

Había un bulto en el corredor, envuelto en una manta, que no era suficiente a ocultar las formas del cuerpo humano. Drooke sintió pánico.

El corredor estaba desierto en aquellos instantes. Drooke vaciló un segundo, pero acabó por decidirse y salió fuera, arrodillándose junto al bulto. La manta que lo envolvía había sido colocada de cualquier manera.

Estuvo un instante quieto. Luego, de golpe, tiró de la manta.

El cuerpo inerte de Grantland quedó casi totalmente al descubierto. Su mano izquierda estaba apoyada en el estómago y se deslizó a un lado. En medio del horror que lo poseía, Drooke pudo advertir que faltaba el costoso reloj de pulsera del que tan orgulloso se sentía y que había estado ostentando casi a cada momento.

Las causas de la muerte eran fáciles de adivinar. En torno a su cuello tenía una profunda señal violácea. Faltaba la cuerda, pero no cabía duda de que había sido estrangulado. Una soga muy fina, pero fuerte, capaz de causar la muerte con un rápido tirón, si el ejecutor tenía la suficiente potencia en los músculos de los brazos.

Westerby era muy fuerte, pensó de inmediato. Y entonces divisó algo que le dejó atónito.

Estaba en la frente del muerto y era una marca rojiza, de una extraña forma triangular, con los lados ligeramente curvados y hendida en el centro. Medía unos tres o cuatro centímetros y ocupaba casi todo el espacio que había desde el pelo a las cejas.

Aquella señal le recordaba algo, pera no podía identificar la cosa que lo había originado. Repentinamente, sintió un terrible estruendo en el interior de la cabeza.

Fue una sensación de pérdida de conocimiento muy rápida, de fracciones de segundo, pero suficientemente para saber que alguien le había golpeado con un objeto contundente.

Luego todo fue silencio y oscuridad.

* * *

Despertó, bostezó, estiró los brazos y abrió los ojos, todo casi al mismo tiempo. Un fuerte resplandor hirió sus retinas. Sintió también un fuerte dolor en la nuca y en el cuello y sólo entonces se dio cuenta de que estaba en su coche.

Atónito, miró a su alrededor.

Las nubes se habían disipado. En el cielo lucía un sol radiante. Los pájaros cantaban en los árboles que le rodeaban.

—Yo diría que anoche me acosté en una cama...

Y, de repente, el recuerdo de todo lo ocurrido la víspera volvió a su mente,

como un fogonazo largo y repleto de imágenes. Richard, Westerby, Esther Rhylings, Grantland...

Grantland había sido asesinado. A él le atacaron cuando estaba arrodillado junto al cadáver. ¿Por qué le habían llevado en su automóvil hasta aquel lugar que le resultaba completamente desconocido?

Tardó algunos segundos en recuperarse de la sorpresa. Salió del coche y exploró los alrededores. A poca distancia del bosquecillo en que se encontraba, había un camino. Llegó al borde y divisó Rhylings Place en lo alto de la colina.

Miró su reloj y se sintió consternado.

—Las diez de la mañana —murmuró.

Vaciló unos instantes, pero no tardó en tomar una decisión. Diez minutos más tarde, aporreaba furiosamente la puerta de la casa.

Tuvo que pasar un buen rato para convencerse de que allí no había nadie. Las dos puertas y los postigos de las ventanas estaban firmemente cerrados. Esther, Westerby y el criado que parecía un gnomo habían abandonado la mansión.

Se preguntó si había padecido un sueño. Quizá se había refugiado en el bosquecillo para esperar que pasara la tormenta. Pero el dolor que sentía en la cabeza... ¿O era debido a la postura adoptada al dormirse en el asiento del coche, postura que había mantenido durante largas horas?

Desconcertado, regresó a su coche, lo puso en marcha y volvió por el camino hacia la aldea. Minutos después, se detenía ante la gasolinera.

Un hombre de mediana edad, que renqueaba ligeramente, se acercó a su encuentro.

—¿Qué le sirvo? —preguntó.

Drooke miró al individuo.

—Perdone —dijo—. He ido a Rhylings Place y no me contesta nadie. Quería hablar con los dueños...

—¿Los dueños? ¡Pero si hace años que no vive nadie en esa casa! —exclamó el sujeto.

—¿Cómo? Oiga, yo...

Drooke apretó los labios. Aquel tipo no era el mismo que le había atendido la víspera, indicándole después que podía alojarse en Rhylings Place. El otro era más joven y no padecía ningún defecto físico.

—Disculpe. Anoche pasé por aquí, para llenar el depósito. Me atendió otro empleado, algo más joven que usted... El me indicó que podía hospedarme en la casa de la colina, porque no hay posada en el pueblo. ¿Podría hablar con su empleado?

El hombre le miró con increíble asombro.

—¿Empleado? Por Dios, señor... Si no fuese por temor a ser indiscreto, le diría que usted no está bien de la cabeza.

—Escuche —gritó Drooke, impaciente—. Le digo que anoche un tipo llenó el tanque de combustible y me dijo que podía alojarme en Rhylings

Place. Estoy seguro de ello. Pasé allí la noche: hablé con la dueña...

El individuo retrocedió, con el temor retratado en sus facciones.

—Yo no he tenido jamás un empleado —contestó—, Y hace años que Rhylings Place está deshabitado. Váyase, váyase antes de que llame a la policía...

Drooke lanzó una maldición.

El dueño de la gasolinera parecía sincero. Pero él estaba seguro de haber repostado y conversado con el empleado...

¿O todo había sido un sueño y él lo había tomado como una realidad?

Esbozó una sonrisa.

—Perdone —dijo al cabo—. Creo que estoy confundido. Debí repostar en otra gasolinera. Anoche llovía intensamente y era muy tarde; por eso no me fijé demasiado en los detalles... Le ruego me disculpe; no me tome por un demente. Sólo ha sido una confusión; se lo aseguro...

El hombre pareció tranquilizarse.

—Sí, en una noche como la de ayer, confundirse es fácil. Pero si un día vuelve al pueblo, encontrará una posada muy agradable, con buena comida... Vaya allí con toda confianza; es de un buen amigo...

—Tal vez algún día, cuando llegue el buen tiempo... Adiós.

Drooke pisó el acelerador y se alejó a buena velocidad. Un poco más adelante, pasó sobre el puente que cruzaba el rio, muy crecido en aquellos instantes.

—Conque el puente había sido arrasado por las aguas, ¿eh? —murmuró.

Al cabo de unos minutos, empezó a silbar una alegre melodía.

Todo había sido un sueño.

CAPITULO III

Habían transcurrido dos meses. Drooke había llegado a olvidarse por completo de lo sucedido. Pero sus asuntos no habían mejorado, aunque por fortuna —«si se le puede llamar fortuna», pensaba en ocasiones—, tampoco habían empeorado demasiado.

En cierta ocasión, le encargaron un caso que le reportó un par de cientos de libras. Renovó un poco su vestuario y se dijo que era hora de procurarse un poco de diversión.

Aquella noche, se encontró con una antigua conocida, guapa, alegre, desenvuelta y divorciada. Después de cenar, ella dijo que tenía ganas de apostar veinte libras a la ruleta.

—Pero no podemos ir a Montecarlo —exclamó Drooke.

—No seas tonto. La ruleta que digo yo está mucho más cerca. Anda, vamos.

Drooke accedió a regañadientes. En aquellos momentos, lo que menos sentía era deseos de jugar. Todo su interés estaba centrado en disfrutar de los encantos de una hermosa mujer, a la que su marido había abandonado por otra que parecía una escoba con faldas. El señor Clarke, pensaba, era un idiota de campeonato. Su divorciada esposa, Rosalind, valía infinitamente más...

Pero también era muy mandona y se dejó llevar a la sala de juego. Rosalind perdió pronto sus veinte libras. Luego, inesperadamente, se encontró con un conocido.

Drooke se vio postergado casi en el acto. El otro era un tipo con mucho dinero, no cabía duda.

—Está visto que los pobres no tenemos nada que hacer con las mujeres hermosas —rezongó.

Un tanto decepcionado, se decidió a jugar. Cambió unas libras y puso dos fichas en la ruleta.

Acertó un pleno a la primera. El croupier empujó hacia él setenta libras en fichas, mientras oía vagamente a su alrededor exclamaciones de sorpresa.

Pero Drooke no se había percatado de la ganancia. Sus ojos estaban fijos en una hermosa mujer, que se hallaba en otra mesa, a corta distancia.

—No me lo puedo creer—murmuró.

El croupier cantó un número. Sonaron algunos gritos.

Alguien tocó a Drooke en un brazo.

—Ha acertado un segundo pleno, amigo —dijo.

El joven volvió la vista. La raqueta empujaba hacia él un enorme montón de fichas. Con dos libras, en dos jugadas, había ganado ya dos mil cuatrocientas cincuenta.

Un extraño impulso le hizo seguir apostando, aunque la prudencia le hizo retirar fichas por valor de dos mil libras. Dejó las cuatrocientas cincuenta en el mismo número y volvió los ojos hacia la mujer.

Estalló un grito unánime. ¡Drooke había acertado el tercer pleno de la noche!

Sintió vértigo. La cabeza le dio vueltas. ¡Había ganado más de dieciséis mil libras!

Al oír el estrépito de las voces, la mujer se volvió. Sus ojos, verdosos, profundos, se encontraron con los de Drooke. El rostro de la joven se mantuvo impasible, pero Drooke presintió que ella le había reconocido.

La gente se había agolpado a su alrededor. El croupier respetuosamente le preguntó si deseaba apostar de nuevo.

—No, gracias; me marcho —contestó él.

Un empleado acudió con una bandeja y recogió el enorme montón de fichas. Como en una visión relampagueante, Drooke volvió a recordar la conversación con Grantland. Tocar el rostro del macho cabrío, para conseguir fortuna...

Sus ojos se distrajeron un instante. Cuando volvió la vista de nuevo hacia aquel lugar, Esther había desaparecido.

Intentó correr tras ella, pero había demasiadas personas bloqueándole el paso. Un alto empleado de la casa vino a buscarle.

—Venga, le pagaremos sus ganadas, señor...

Drooke se dejó llevar. De pronto, agarró al sujeto de un brazo.

—Oiga, deseo que me diga quién era esa joven del vestido blanco y el pelo negro, con flequillo... La ha visto usted, sin duda... Es muy hermosa...

El empleado sonrió.

—Aquí siempre hay mujeres hermosas, señor... —contestó.

Drooke maldijo entre dientes. Debía haber corrido detrás de Esther. Ahora sabía que no había sido un sueño. Al menos, ella existía.

La buscaría, se propuso. Si había ido una vez a la casa de juego, volvería, seguramente. Y algún empleado la recordaría. Bastaría preguntar...

Diez minutos más tarde, se embolsaba un cheque por valor de dieciséis mil libras. Sus problemas estaban resueltos por una larga temporada, se dijo.

Cuando salió de la casa de juego, había olvidado por completo a la hermosa y voluble Rosalind Clarke.

Ahora, todos sus esfuerzos se concentrarían en encontrar a Esther Rhylings.

Al día siguiente, lo primero que hizo fue comprarse un coche nuevo. El viejo estaba ya para la chatarra. Antes de llamar para que se lo llevase el chatarrero, registró cuidadosamente la guantera y las bolsas de las portezuelas, para asegurarse de que no olvidaba algo que pudiera tener cierto interés.

Metió la mano en la bolsa de la portezuela izquierda. Entonces sus dedos tocaron algo que sabía no tenía que estar allí.

Lentamente, extrajo un costosísimo reloj de oro, con pulsera del mismo metal, cuya presencia allí resultaba absolutamente inesperada.

El asombro le hizo abrir los ojos como platos. Dudó unos segundos, pero

cuando vio dos iniciales en la contratapa, se convenció de que todo había sido realidad y no había soñado. Aquellas dos iniciales, M. G., resultaban harto significativas.

Sin embargo, nada podía explicar las causas de que el reloj hubiera aparecido en el coche. ¿Cómo había llegado hasta allí?

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, recibió una visita insospechada.

La vio desde la ventana de su despacho. Ella descendió de un lujoso Rolls-Royce, cuya portezuela mantenía abierta respetuosamente un chófer uniformado, y se metió en la casa. Drooke se preguntó a quién iba a visitar aquella adinerada joven, pero tuvo la respuesta un minuto más tarde, cuando abrió la puerta después de que sonara el timbre.

—Señor Drooke —dijo ella.

—En efecto...

—Soy Sigrid Falconer. ¿Puedo hablar con usted?

El joven se echó a un lado. Sigrid pasó, hermosa, deslumbrante como una diosa, dejando tras sí una leve estela de perfume caro. Drooke la condujo a su despacho y le ofreció asiento.

—¿Desea tomar una taza de té? —sugirió.

—Gracias, pero no me apetece —contestó la joven, a la vez que abría su bolso para extraer una hermosa pitillera de platino.

Drooke le ofreció fuego galantemente. Ella era muy joven, no había llegado aún a los veinticinco años, y tenía el pelo muy rubio y los ojos intensamente azules. Las ropas eran caras, pero discretas en su elegancia. Su figura habría resultado ampulosa, demasiado exuberante, de no haber sido por su elevada estatura, que suavizaba atractivamente las líneas de su silueta.

—Deseo que se ocupe en mi nombre de realizar una investigación, para lo cual le facilitaré los fondos que sean necesarios —dijo Sigrid, tras expulsar la primera bocanada de humo.

—Soy abogado, no detective privado —alegó él.

—Pero todos los abogados tienen algo de investigador —sonrió la joven —. Con la ventaja de que conoce las leyes.

—Eso sí es cierto. ¿Y puedo saber de qué se trata?

—Está en un pueblo situado a ciento cuarenta millas de Londres —explicó Sigrid—. Hace tiempo que pasé por allí y la propiedad me gustó, pese a ciertas leyendas de fantasmas que no me impresionaron en absoluto.

—En Inglaterra hay cientos de mansiones con fantasmas. Una mansión sin un fantasma es... como un árbol sin hojas.

—Yo no creo en esas historias, señor Drooke. Pero, en fin, hay personas que sí creen y debemos respetar su modo de pensar.

—Muy cierto, señora Falconer...

—Disculpe, no estoy casada...

—Oh, lo siento...

—No se preocupe. El pueblo se llama Gulfinston y la propiedad está a cosa de una milla al nordeste. Su nombre es Rhylings Place. Deseo que haga las averiguaciones necesarias para encontrar a su propietario y hacerle una oferta de compra. El lugar me gusta y estoy dispuesta a pagar hasta cien mil libras, más los honorarios que usted estime adecuados a su trabajo.

Drooke sintió que la cabeza le daba vueltas.

Casi no oyó las últimas palabras de la joven. A cada minuto que transcurría estaba más y más convencido de que todo había sido realidad. No lo había soñado; había ocurrido realmente.

¡Y un hombre había sido asesinado en aquella diabólica mansión!

La voz de Sigrid le hizo reaccionar.

—Señor Drooke, ¿no tiene nada que contestar a mi proposición? —exclamó ella, un tanto impaciente.

—Oh, disculpe... Estaba pensando en... ¿Ha dicho cien mil libras, señorita Falconer?

—He dicho exactamente «hasta» cien mil libras. Lo cual significa que si puede conseguir la propiedad por una suma inferior, siempre redundará en mi beneficio.

—Claro, desde luego..., por supuesto... Está bien, haré las averiguaciones necesarias. ¿No necesita nada más de mí?

—Eso es suficiente por ahora —respondió la muchacha—. Naturalmente, le entregaré un anticipo a cuenta de sus honorarios...

Drooke levantó una mano.

—No será necesario —rechazó cortésmente—. Cuando haya terminado la operación, le enviaré la minuta. Mientras, ¿puede dejarme su dirección y su teléfono, para anticiparle algún posible incidente en el caso?

—Ciertamente —contestó Sigrid.

Abrió el bolso, sacó una tarjeta y la dejó encima de la mesa. Luego se puso en pie.

—No es que me corra una prisa excesiva, pero tengo interés en Rhylings Place —sonrió—. Ha sido un placer, señor Drooke —se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—Me siento muy feliz de haberla conocido —respondió él.

Al quedarse solo, estuvo a punto de dar una zapateta de alegría.

—Primero —se dijo—, no soñé nada. Todo fue real; estuve en Rhylings Place y hablé con sus ocupantes. ¡Y alguien asesinó a Grantland!

También pensó en el empleado de la gasolinera. El dueño le había mentido, por supuesto. Un hombre le había atendido, enviándole a la casa de la colina. Pero el empleado también había mentido, porque en Gulfinston había una posada y, además, el río en la crecida no se había llevado el puente.

Ahora podría averiguarlo todo con el máximo de detalles y una certeza absoluta.

—Estamos en el buen tiempo y tengo un buen coche —exclamó

alegremente.

Tenía el presentimiento de que iba a encontrarse nuevamente con Esther. Deseaba ardientemente que se produjera el encuentro. Ninguna mujer había conseguido impresionarle tanto como la dueña de la casa.

Volvería a verla y...

Era más sensato no hacerse demasiadas ilusiones. Lo mejor era poner manos a la obra inmediatamente.

CAPITULO IV

Aquella tarde lo preparó todo para el viaje que pensaba emprender a primera hora del día siguiente. Luego fue a cenar a un restaurante, en el que se encontró con un antiguo conocido, sargento de Scotland Yard y viejo discípulo. Edward Colquhart había derivado hacia la policía, en donde, todavía joven, había adquirido un sólido prestigio.

Los dos hombres se saludaron efusivamente y acordaron cenar juntos. Al cabo de un rato, la conversación derivó por otros derroteros distintos de los recuerdos estudiantiles y de la feliz vida matrimonial de Colquhart, de la soltería de Drooke y de la mala suerte de éste durante los meses precedentes.

—Ed —dijo el joven—, me gustaría hacerte una pregunta.

—¿Oficial? —sonrió Colquhart.

—Oh, no. no tengo nada que ver con la ley... Bueno, con violaciones de la ley...

—Pero eres abogado —exclamó el policía riendo.

—Hombre, tú ya me entiendes. Escucha, se trata de un tipo al que conocí hace algo más de dos meses. El nombre es Mark Grantland. ¿Te suena?

Colquhart se frotó el mentón con aire pensativo.

—No, no caigo —repuso—. Quizá si me dieras algún detalle más...

Drooke sonrió.

—Pues como no te haga su descripción física, no sé qué más datos te puedo dar. Era un tipo algo más bajo que yo, de unos cuarenta y cinco años, muy elegante, pero ostentoso... Con bastantes entradas en el pelo y...

—¿Sabes si llevaba joyas? Anillos de valor, reloj caro...

—Sí —contestó el joven instantáneamente—. Dos sortijas con piedras como garbanzos y un reloj que parecía haber agotado todo el oro de Sudáfrica.

Colquhart se echó a reír.

—Es él, no cabe duda —dijo.

—Bueno, eso significa que le conoces.

—Cierto, aunque no se llama Grantland. Sin embargo, cabe que use también ese nombre, como ha empleado otros en sus negocios nada honestos.

—¿Qué negocios, Ed?

—Digamos, defraudación al fisco. Hay muchas clases de delitos: evasión de moneda, tráfico de divisas... También actúa a veces como intermediario para compras de cosas que no se podrían exportar sin determinada ciase de requisitos.

—Armas, por ejemplo.

—Y algún que otro secreto industrial. Arriesga mucho, pero gana más y, sobre todo, es infernalmente listo. Jamás le hemos podido pillar con las pruebas suficientes para enviarle una temporada a la cárcel. Claro que el asunto no es incumbencia de mi departamento, pero uno siempre oye cosas de

los tipos que sobresalen por una causa u otra.

«Alguien le pilló y no se preocupó de las pruebas», pensó el joven.

—Entonces, Grantland es un nombre falso.

—Digamos de circunstancias. El auténtico es Joseph Henry Duggs. Pero ¿qué te interesa a ti ese tipo, Algy?

—Oh, mera curiosidad. Le conocí hace tiempo y me pareció un sujeto presuntuoso y engreído, de ésos que van presumiendo constantemente de que tienen dinero y saben gastárselo. Realmente antipático, créeme.

El sargento Colquhart frunció el ceño.

—Si mal no recuerdo, dijiste «era» —repuso.

—Bueno, se trata de una expresión. Al decir esa palabra, me refería al encuentro, sucedido hace algo más de dos meses, como puedes comprender. Una frase tópica, Ed. Y no tengo interés en Grantland o Duggs, como quiera que se llame ese saco de vanidad.

Drooke levantó su copa y sonrió.

—Por un próximo encuentro —brindó.

—Que no se demore tanto como éste —correspondió Colquhart.

El mismo hombre renqueante acudió al poste, cuando Drooke se detuvo al día siguiente, para rellenar el depósito de gasolina. No le hacía falta en realidad, pero sentía deseos de averiguar más detalles sobre un asunto que le preocupaba intensamente.

—Buenos días —saludó, jovial, a la vez que se apeaba—. Llene el tanque, por favor.

—Desde luego.

Drooke tendió la vista hacia la casa situada en la colina. Mientras el hombre se ocupaba de su trabajo, le hizo una observación:

—Pasé por aquí hace algo más de dos meses. Fue al día siguiente a una terrible tormenta, que casi se lleva el puente que hay a la salida de Gulfinston. Quizá no me recuerde usted...

—Me parece reconocerle —contestó el sujeto.

—Mi nombre es Drooke, abogado de Londres.

—Yo me llamo Ben Ramsay. Ah, el tanque ya está lleno. Son tres libras y cincuenta chelines, señor.

—Desde luego, señor Ramsay, me gustaría hacerle una pregunta.

—Si conozco la respuesta...

—Aquella noche..., mejor dicho, aún era de día, todavía... Usted no estaba aquí en la gasolinera.

—No, no estaba. Me avisaron de que mi hermana Sally estaba gravemente enferma y fui a visitarla. Cuando llegué, me encontré con la horrible sorpresa de que no le ocurría nada. Alguien quiso gastarme una broma, una pesada broma, maldito sea el hijo de perra que me hizo pasarme casi toda la tarde y la noche a bordo de mi coche —contestó Ramsay furiosamente.

—Entonces, a las seis de la tarde, aproximadamente, usted ya no estaba en la gasolinera.

—No. Me marché a las cinco y media, más o menos. Pero dejé el cartel de «cerrado»...

Drooke asintió.

—Seguramente me equivoqué en la gasolinera que reposté y la tomé por la suya. Muchas gracias, señor Ramsay.

—No se merecen. Perdone la confianza, señor Drooke. ¿Va usted a Rhylings Place?

—Sí, en efecto.

Los ojos de Ramsay fueron hacia la colina.

—Ahora parece una casa bonita. Pero se cuentan muchas historias extrañas de ella.

—¿De veras?

—Pasaron hace años, bastantes; ni siquiera yo había instalado aquí la gasolinera... De todos modos, quien se lo puede contar mejor es Buck Mallory, el posadero. Perdone, pero viene un cliente...

Drooke anotó mentalmente el nombre. Sí, resultaría interesante conversar con el posadero. Pero ahora prefería subir a la colina.

Ramsay tenía razón. Era un edificio hermoso.

—Pero, claro, estamos entrando en el verano, todo está verde, hay sol, luz... Las cosas cambian mucho según el ambiente —murmuró Drooke, parado delante de la casa.

Contempló la marquesina, con las cabezas de macho cabrío y rostro humano. ¿Era la cabra un animal heráldico?, se preguntó.

Lentamente, se acercó a la puerta. Todo estaba en silencio, excepto el ocasional zumbido de un moscardón o el aleteo de algún pájaro. Sin saber por qué, levantó el llamador, pero en el mismo instante la puerta se movió un poco.

Drooke levantó la rendija que se había producido al abrirse ligeramente la puerta. Empujó algo más y asomó la cabeza por el hueco.

En la casa el silencio era aún mayor. Avanzó unos cuantos pasos. No había sido un sueño. Recordaba perfectamente los menores detalles de la decoración.

Se tocó el bolsillo, en el cual guardaba todavía el reloj de Grantland. Era la mejor prueba de que había vivido una aventura en aquella misma casa.

Continuó avanzando. Cerca del fondo, divisó una puerta entreabierta. Llegó hasta ella, tiró del pomo y dio un salto de dos metros hacia atrás.

La puerta daba a un armario trastero, vacío de objetos, pero ocupado por un hombre que estaba sentado, apoyado contra la pared y con la cabeza doblada a un lado, casi echada hacia atrás.

El sujeto estaba completamente inmóvil. Se comprendía. En el centro de su camisa se veía un agujero que había derramado algo de sangre.

Drooke permaneció inmóvil unos segundos. La herida parecía producida por un proyectil de pistola. Hacía rato ya que el hombre había muerto, porque la sangre había perdido su brillo original y aparecía casi completamente seca.

De repente, le pareció que estaba contemplando un rostro conocido.

—¿Dónde lo he visto antes de ahora? —murmuró.

Estuvo unos segundos así y. bruscamente, los recuerdos afloraron a su cerebro. Ya no cabía duda; había hablado con él durante breves momentos.

Aquél era el hombre que le había servido la gasolina la noche de la tormenta. Pero ¿por qué le había servido gasolina la noche de la tormenta? Pero ¿por qué le había encaminado a Rhylings Place, en lugar de indicarle la posada del pueblo? ¿Por qué le había mentido respecto al puente?

Repentinamente, oyó un ruido a sus espaldas.

Retrocedió aún más. Sus hombros golpearon una puerta. Al otro lado, una mujer lanzó un ahogado chillido.

Drooke giró en redondo, abrió de un empellón y se quedó pasmado al reconocer a la mujer.

—¡Señorita Falconer!

* * *

Sigrid parecía muy atribulada. Drooke la asió por un brazo y la condujo hasta el gran salón de la casa. Buscó por todas partes y encontró una botella mediada. Olió su contenido: era coñac.

Los dientes de la joven entrechocaron con el borde del vaso. Al cabo de unos momentos, se sintió algo mejor.

—Le ruego que me dispense... Nunca me había encontrado en una situación semejante.

—Creí que era yo el que debía ocuparme de la compra de la casa —le reprochó él.

—Lo sé —respondió Sigrid—. Pero es que una amiga mía me ha invitado a pasar unos días en su casa y tenía que pasar relativamente cerca de Gulfinston. Por eso me desvié, para ver la propiedad de día y tener mejores elementos de juicio.

—¿Estaba abierta la puerta cuando llegó?

—Sí. Llamé un par de veces y, al no contestar nadie, se me ocurrió empujar la puerta.

—El muerto está en el armario trastero. ¿Cómo lo descubrió?

—La puerta estaba casi abierta. Miré, lo vi, di un golpe a la puerta... y casi en seguida vino usted y corrí a esconderme.

—No he visto su coche —observó él—. ¿Se lo ha llevado el chófer?

—Oh, no, viajaba sola. Pero quise ver cómo estaban los garajes del otro lado y lo dejé allí, en la trasera de la casa. Como la puerta posterior estaba cerrada, vine por delante... Señor Drake, tendremos que llamar a la policía —dijo Sigrid.

—Indudablemente.

«Y ahora, Vio me queda otro remedio, tendré que declarar también el asesinato de Grantland», pensó él.

Trató de sonreír.

—¿Se siente mejor? —preguntó,

—Un poco. —Ella esbozó también una sonrisa—..Es que, la verdad, una no se encuentra cada día con un cadáver.

—Eso es cierto. Escuche, después de llamar a la policía, le propongo que hagamos una cosa.

—Dígame, señor Drooke.

—Usted tiene interés en comprar la casa.

—Ahora ya me parece que ese interés ha disminuido considerablemente.

—Pero no ha desistido por completo.

—No...

—Entonces, iremos al pueblo. Esta casa tiene una historia y conviene que la conozca.

—¿Quién nos la va a contar? —preguntó Sigrid.

—Buck Mallory, el dueño de la posada. Me he informado en la gasolinera, pero el dueño vive aquí relativamente hace poco. En cambio. Mallory, por lo que he deducido, ha nacido en la comarca y conoce bien la historia.

—¿Cree que puede ser importante?

—Por lo menos, la ayudará a tomar una decisión en un sentido u otro.

—Muy bien, en tal caso, no se hable más. Pero, me parece, no hay teléfono en esta casa.

—Llamaremos desde Gulfinston. Nadie se va a llevar un cadáver —sonrió Drooke.

Sigrid se levantó, ayudada por el joven. Ella hizo un gesto.

—Ya puedo tenerme en pie —dijo.

—Lo celebro.

Salieron de la estancia. Al llegar al vestíbulo. Drooke vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—Juraría que he dejado abierta la puerta del trastero —murmuró.

—Está cerrada —dijo Sigrid en voz alta.

Drooke permaneció quieto unos instantes. Luego, resuelto, echó a andar, llegó ante la puerta y la abrió de golpe.

—Señorita Falconer, me parece que vamos a olvidar eso de llamar a la policía —dijo—. Haríamos el ridículo denunciando un asesinato, si luego los policías no iban a encontrar el cadáver de la víctima.

Sigrid se puso una mano en la boca.

—Ha desaparecido —adivinó.

—Como si jamás hubiese existido —recalcó Drooke.

CAPITULO V

Sigrid había pedido café. Drooke prefirió una buena jarra de cerveza. Estaban sentados a ambos lados de una mesa, en el bar de la posada, y el dueño atendía a unos clientes. Al terminar, Drooke le hizo una seña con la mano.

El posadero acudió en el acto.

—Diga, señor.

—Queremos hablar con usted unos momentos, señor Mallory —manifestó el joven—, Ben Ramsey, el dueño de la gasolinera, nos ha dicho que es usted el hombre indicado para ello.

Mallory sonrió. Era un hombre de unos sesenta años, bajo, de pelo entrecano, crespo, todavía fuerte.

—Apostaría algo bueno sobre dos cosas: son periodistas y quieren, conocer la historia de Devil's Palace —dijo.

—Perdería la primera apuesta y ganaría la segunda. Sírvase una jarra de cerveza por mí cuenta y siéntese con nosotros, señor Mallory — rió el joven.

— Buck es mi nombre — indicó el posadero

Momentos después se acomodaba entre los dos jóvenes. Tras unos sorbos de cerveza, empezó a hablar, interrumpiéndose en ocasiones para realizar la sagrada tarea de llenar su vieja pipa de brezo.

Drooke y Sigrid le escucharon con toda atención. Era una historia en la que el horror, la superstición y el fanatismo se mezclaban a partes iguales. Sigrid no creía haber oído jamás nada semejante.

—Pero ese hombre.... bueno, los dos debían de estar locos —exclamó horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—Los dos hermanos Rhylings, es decir, Michael, el padre de Esther, y Hornbolt, que era soltero, parecían obsesionados por el culto al diablo, del que esperaban todo —añadió Mallory—, Hubo una vez un hombre en la aldea que presenció por casualidad una de sus ceremonias satánicas y creyó que iba a perder el juicio. Dijo entonces que no había visto ni oído nada tan espantoso. Fue a contárselo a! párroco y éste subió a la casa, para reprocharle su actitud, pero los dos hermanos le echaron a cajas destempladas. Hornbolt incluso, quiso soltar a los perros —entonces tenían unos mastines muy fieros —, pero el mayor, Michael, consiguió convencerle de que dejase marchar en paz al reverendo. Michael alegaba que no hacían daño a nadie y que todo el mundo tenía derecho a creer en algo y que al párroco no le importaba en absoluto si ellos eran adoradores de Satán.

—¿Qué les dijo el párroco? —preguntó Drooke.

—Bueno, un día que los dos hermanos se hallaban ausentes, subió a escondidas a la casa y la roció con agua bendita. Era lo único que podía hacer.

—Y ella, la muchacha me refiero..., ¿qué hacía?

Mallory meneó la cabeza.

—Creo que la usaban como una especie de médium para comunicarse con el demonio.

—¿La hipnotizaban? —preguntó Sigrid.

—No lo sé seguro. Debían de sugestionarla... Tengan en cuenta que eso pasó hace muchos años y la pobre chica no debía tener diez siquiera. Debía estar sometida a torturas mentales indescriptibles... y también físicas.

—¿Es posible que un padre se portase tan cruelmente con una hija?

—Bueno, si estaban medio locos, o quizá locos de remate, y querían que el diablo les diese dinero.... los sufrimientos de Esther no debían importarles demasiado. Hasta el día en que, según ellos, el diablo dejó su huella en la chica.

—¿Qué huella? —inquirió Drooke.

—No lo sé... Las cosas escaparon un poco a su control, al de los dos miserables... El párroco, basándose en los malos tratos de que hacían objeto a la muchacha, los denunció a la justicia. Las cosas se llevaron un poco en secreto. A ellos los internaron en un manicomio. Un día, aparecieron ahorcados. Se dice que se ayudaron mutuamente a colgarse el uno al otro... Una historia nada agradable —dijo Mallory, meneando pesarosamente la cabeza.

—¿Y ella? Me refiero a Esther. ¿Qué le sucedió?

—Bueno, la internaron en un orfelinato... El padre tenía algunas rentas y un administrador nombrado por el juez se encargó de pagar los gastos de la educación, hasta que salió de aquel establecimiento y pudo vivir por su cuenta, Pero, que yo sepa, no ha vuelto por aquí, desde entonces.

Drooke se dijo que el posadero estaba engañado, pero no iba a sacarle de su error. Sigrid, por su parte, hizo una última pregunta:

—¿No tenía madre la chica?

—Murió cuando ella había cumplido escasamente los tres años. Se dice que no pudo soportar el horror de haberse casado con un adorador del diablo. Creo que el párroco habló con ella pocos días antes de su muerte, pero si es cierto, y si la señora Rhylings dijo algo, lo ignoro.

—El párroco podrá decirlo, ¿no? —intervino Drooke.

—Murió hace dos años. Hay otro, mucho más joven, con ideas modernas... No sabe nada y si alguna vez se le menciona el asunto, se echa a reír y lo toma a broma.

Drooke cambió una mirada con la joven.

—Creo que es hora de que nos marchemos —dijo a la vez que sacaba un billete—. Gracias por todo, señor Mallory.

El posadero hizo un ademán con la mano.

—He tenido mucho gusto en conocerles —respondió amablemente.

Salieron de la posada. Antes de llegar a ella, Drooke había relatado a Sigrid lo ocurrido durante la noche que pasó en parte en Rhylings Place.

—Entonces, ella vive todavía —murmuró Sigrid.

—La vi el día que gané dieciséis mil y pico de libras a la ruleta. Pero se me

escapó...

Drooke se frotó el mentón.

—Estaba pensando en el muerto —continuó—. ¿Por qué lo habrán asesinado?

—¿No se le ocurre alguna hipótesis?

—El tipo sustituyó a Ramsay en la gasolinera. Esto es evidente; la falsa llamada hizo que Ramsay se alejara de su puesto durante casi toda la noche. El hombre quedó allí y, lo recuerdo muy bien, se mostró reticente conmigo y hasta receloso, porque, a decir verdad, mi aspecto entonces no era como para inspirar confianza. Ahora bien, al mismo tiempo, quería que fuese a Rhylings Place, y eso me hace pensar que, además de Grantland, esperaban a otra persona, hombre, seguramente. El que hacía de empleado de la gasolinera estaba allí para esperar a esa segunda persona. Probablemente, no le dieron detalles, ni nombres ni instrucciones en particular. Quizá era un tipo contratado eventualmente para el caso por unas cuantas libras.

—¿Explica eso su asesinato?

—Tal vez, si pensamos en que ese sujeto sospechó que se trataba de un asunto de mucho dinero y cobró una mísera soldada. Pudo volver aquí, para pedir más..., imagínese lo que debió de decirles: «O me dan más dinero o me voy a la policía.» Y entonces, le taparon la boca con un trozo de plomo, en lugar de un fajo de billetes, como había esperado.

—Sí, es posible —convino Sigrid—. Pero siguiendo con el lema, ¿por qué murió Grantland?

—Bueno, aunque sigamos llamándolo así, su nombre verdadero era Duggs y se trataba de un tipo especialista en toda clase de negocios nada honestos. Supongamos que le proponen un negocio de grandes ganancias, pero en el que es preciso invertir previamente cierta suma. En los negocies de Grantland no se usaban cheques: sólo cantidades en efectivo, ¿comprende?

—Creo que sí —respondió Sigrid—. Grantland fue a Rhylings con un maletín lleno de billetes y lo asesinaron para quitarle el dinero. Pero, entonces, ¿por qué le respetaron a usted la vida?

—No lo comprendo —dijo Drooke—. Había sido testigo de un crimen, había visto a la víctima y lo lógico parecía quitarme de en medio, para que no pudiera repetirlo algún día. Pero también pienso que la casa estaba deshabitada, que luego no se encontró nada y que si yo decía algo, podrían pensar que había soñado, tomándolo después como realidad. Si he de serle sincero, eso es lo que creí durante más de dos meses, hasta que, de pronto, encontré impensadamente el reloj de Grantland.

—¿Tiene usted idea de quién pudo ponerlo en su coche?

—No, en absoluto. Aunque, desde luego, eso me hizo saber que todo había sido realidad.

Drooke miró a su alrededor.

—Por ahora —añadió—, no podemos hacer nada más. ..Persiste en su idea de comprar Rhylings Palace? —preguntó.

—Usted, ¿qué opina, señor Drooke?

—Si yo tuviese dinero, no compraría esa casa, desde luego. Pero mis gustos difieren de los suyos. Bien mirado, es un edificio en perfecto estado de conservación, con un bonito paisaje alrededor y facilidad de comunicaciones. El único punto débil que le encuentro es su horrible leyenda. Pero eso pasa y las historias de crímenes y adoradores de Satán acaban por desvanecerse en el olvido.

Sigrid asintió con un breve gesto.

—De todos modos, sigue interesándome —manifestó— Trate de encontrar a la propietaria y averigüe cuánto estaría dispuesta a aceptar como precio de venta.

—Lo intentaré —respondió Drooke.

Ella le tendió la mano.

—¿Volveremos a vernos en Londres? —sonrió.

—¿Por qué no? Pero, supongo, callaremos lo que hemos visto en Rhylings Place.

—Nadie nos creería. Algy.

Sigrid entró en su coche, agitó una enguantada mano y arrancó en dirección nordeste. Drooke tomó exactamente el rumbo opuesto: hacia Londres.

El hombre aceptó el cigarrillo que le tendía Drooke y dio las gracias cortésmente.

—¿Viene a saquearnos otra vez, señor Drooke? —dijo el joven.

—Ah, se acuerda de mí — dijo el joven.

—Señor Drooke, tres plenos seguidos y en una misma noche no es cosa que so pueda olvidar fácilmente. ¿Piensa repetir la jugada?

—Me gustaría, pero prefiero no tentar la suerte, señor...

—Sharron. Leo Sharron; pero puede llamarme Leo a secas.

—Gracias. Leo: deseo hacerle una pregunta.

—Encantado, señor Drooke. ¿De qué se trata?

—Verá... aquella noche, cuando gané los tres plenos... Había una mujer muy hermosa... Pregunté por ella a otro empleado y me dijo que abundaban las mujeres hermosas. Pero quizá usted la recuerde y pueda darme detalles de ella.

Sharron expulsó el humo de su cigarrillo. Drooke se había dirigido a él, porque sabía que era uno de los encargados de la seguridad de la casa de juego y, lógicamente, estaba atento a las evoluciones de la clientela.

—¿Sabe su nombre, señor Drooke?

—Pues.... sí... Se llama Esther Rhylings, es muy guapa, de pelo negro...

Sharron rió suavemente.

—Haber empezado por ahí —dijo—. Sí, la conozco.

Drooke sintió que su corazón se le alborotaba dentro de su pecho.

—¿Habla en serio, Leo?

—Por supuesto. Suele venir por aquí con cierta frecuencia. Un par de

veces al mes. Juega moderadamente y debo decirle que gana casi siempre. Pero son cantidades muy modestas, ¿me comprende? La cantidad máxima que le he visto ganar no pasaba de treinta libras...

—Leo por favor, ¿puede decirme dónde vive? —preguntó el joven ansiosamente—. Tengo un interés especial en hablar con ella...

—Le diré la verdad. No sé dónde vive, pero si lo desea, le llamaré por teléfono apenas la vea de nuevo en esta casa. ¿Le parece bien?

—Oh, magnífico —exclamó Drooke.

Sacó un billete de diez libras, pero Sharron rechazó enérgicamente el ofrecimiento.

—Estamos aquí para servir a los clientes —dijo,

—Gracias. Leo. No sabe cuánto le agradezco...

De pronto, Sharron chascó los dedos.

—Señor Drooke, si tanto interés tiene en verla, ¿por qué no va mañana al hipódromo? También suele ir a apostar unas cuantas libras...

—¿Seguro?

—Absolutamente.

Drooke palmeó los hombros del empleado.

—Mañana iré al hipódromo —afirmó.

* * *

Cuando se acercaba a la taquilla de apuestas, Drooke tuvo una humorada. Eligió a «Blue Dream», un penco por el que se pagaban nada menos que 50 a 1. De paso, quería comprobar si lo que había dicho Grantland acerca de la buena suerte que se obtenía con tocar la cara' del chivo seguía siendo efectivo.

Apostó cincuenta libras. Luego se fue a presenciar la carrera. Era la primera y «Blue Dream», contra todo pronóstico, ganó holgadamente con tres cuerpos de ventaja.

Por tanto, se embolsó bonitamente dos mil quinientas libras. Luego se fue a un observatorio desde el que se podía ver gran cantidad de detalles. Diez minutos más tarde divisó a Esther.

Discreto, procuró no ser visto. Ella apostó un par o tres de veces, ganó moderadamente y, una hora más tarde, se dirigió al aparcamiento. Drooke la siguió cautelosamente. No sabía si había acudido sola al hipódromo, pero se tranquilizó al ver que ella se disponía a abrir la portezuela de su coche.

Entonces, casi como por arte de magia, surgió al otro lado y la miró por encima del techo del automóvil.

—Hola —dijo.

Ella se sobresaltó primero. Luego sonrió ligeramente.

—¿Cómo está, señor Drooke?

—Algy es mi nombre —contestó él—. ¿Vuelve a Londres?

—Sí, en efecto.

—Vine en taxi. ¿Tiene inconveniente en transportar un pasajero?

—Claro que no. Entre, Algy.

Esther abrió las dos portezuelas sucesivamente. Drooke le ofreció cigarrillos, pero ella los rechazó con un breve gesto.

—¿Sabe una cosa, Esther? Hace tiempo que ando buscándola. Deseo hablar con usted.

—Puede hacerlo ahora —contestó ella, con la vista fija en el espeso tránsito que había a la salida del hipódromo.

—Por supuesto, pero me gustaría hablar con más calma..., en un lugar apartado y tranquilo.

—Por ejemplo, en mi apartamento.

El corazón de Drooke saltó en el pecho.

—¿Está invitándome, Esther?

—¿Aceptará si contesto afirmativamente?

—Bueno, es que no quisiera ponerla en un compromiso...

—¿Compromiso? ¿Por qué. Algy?

—Yo... Bien, me refería a Westerby...

—He acabado con él. Hace tiempo que no nos relacionamos en absoluto...

—¿Eran... prometidos?

—No. Durante una temporada fue mi administrador. Se mostraba demasiado... digamos autoritario. Olvidó que yo era la propietaria y él mi empleado.

—Y lo despidió.

—Exactamente.

—¿Cuándo? Es decir, si no es indiscreción...

—En absoluto Lo despedí dos días después de su estancia en mi casa. Ya no he vuelto a verle.

Drooke meditó sobre la respuesta.

—Esther, dispense, pero.... ¿tiene algo que ver ese despido con lo que pasó allí aquella noche?

Ella guardó silencio unos momentos. Un semáforo se puso rojo y Esther detuvo el coche. Luego se volvió, para mirarle intensamente y contestó:

—Sí, le despedí precisamente por «aquello».

CAPITULO VI

Esther puso whisky en un vaso y se lo entregó a Drooke que estaba sentado en un diván.

—Yo no bebo —dijo ella.

Y se sentó en un butacón, pero un tanto rígida, con las rodillas juntas y las manos sobre el regazo.

—Así pues, vio muerto a Grantland —agregó tras una ligera pausa.

—Sí. Me golpearon y no recuerdo más...

—Le llevaron a su habitación. Yo lo supe después. Ni siquiera sabía que pensaban asesinar a Grantland.

—¿Quién lo hizo?

—Los tres.

—¿Cómo? Sólo vi a dos, Westerby y el gnomo...

—¿Richard? —sonrió ella—. Vino otro después de que usted se fuera a dormir. Le oí quejarse del mal tiempo y de lo que había padecido en la gasolinera. Dijo también que se había cansado de esperar a no sé quién y que por eso volvía a casa. Westerby lo tenía empleado como una especie de chófer y jardinero en ocasiones.

—¿Conoce su nombre?

—Sí. Hal Paxton.

—Por casualidad, ¿le oyó quejarse de una paga insuficiente?

—¿Cómo lo sabe? —se asombró la joven.

Drooke fijó la vista en su copa.

—Esther, sospecho que Paxton ha muerto también —dijo.

—¿Qué? ¿Está seguro?

El joven hizo un movimiento afirmativo.

—Creo que sí, pero hablemos de Grantland. ¿Tiene alguna idea de los motivos de su muerte?

—Westerby dijo que se habían peleado y que Grantland quiso golpearle con el atizador de la chimenea. Al defenderse, le golpeó y...

—Es mentira. Grantland murió estrangulado.

—Increíble —dijo ella, con los ojos muy abiertos.

—Lo vi con toda claridad. No hay duda al respecto, Esther. Pero, dígame, ¿a qué había ido Grantland allí?

—Dijo que quería comprar la casa... Al menos, eso es lo que me contó Westerby.

—¿Sabe si Grantland llevaba consigo un maletín tipo ejecutivo?

—Sí, además de otro con su equipaje. Algy, ¿qué significa esto?

Drooke le explicó lo que sabía de Grantland. Esther se mostró horrorizada.

—Entonces, lo asesinaron para robarle.

—Parece lo más seguro. Dígame, ¿qué sucedió después de que me golpearan?

—Yo lo supe cuando usted estaba ya en el dormitorio. Mejor dicho, me avisaron que usted había bebido en exceso.

—Imposible, no probé una gota de alcohol después de la cena.

—Yo lo he pensado muchas veces. Tengo la sensación de que le dieron un poderoso sedante cuando ya empezaba a recuperar el sentido. Luego le vistieron y lo metieron en su propio coche.

—¿Lo vio usted?

—Sí. Westerby dijo que lo hacía para que usted, al despertar, creyera que todo había sido un sueño. Volvería a la casa, la encontraría vacía y...

—El muy bribón supo calcular acertadamente —gruñó Drooke—. Pero usted hizo algo para que yo supiera que no era un sueño.

Esther desvió la mirada.

—Encontró el reloj —murmuró.

—Porque tuve que vender el coche y lo revisé por dentro, para ver si me olvidaba algo. Pero ya habían pasado más de dos meses.

—Yo quería que usted supiera que todo había sido cierto. Sin embargo, al pasar el tiempo y no tener noticias suyas, pensé que habría querido callar para..., para no hacer el ridículo.

—Durante esos dos meses, creí, en efecto, que había sufrido una pesadilla. Esther, dígame, ¿por qué no denunció el hecho a la policía?

Ella se puso en pie repentinamente, muy agitada. Drooke percibió las vivas palpitaciones de su esbelto pecho.

Dejó el vaso a un lado y se levantó también, acercándose a la joven. Con gesto afectuoso, le puso las manos en los brazos.

—Esther, soy su amigo —dijo—. Deseo ayudarla. Estoy en condiciones de hacerlo; como abogado, podría defenderla si la acusaran de complicidad... Pero necesito que sea sincera conmigo. Sabe aún más de lo que ha dicho. Hable sin miedo, se lo ruego.

Ella desvió la mirada a un lado.

—No puedo —murmuró.

—¡Esther!

Drooke puso una mano en su barbilla y la obligó a girar la cabeza. Había lágrimas en aquellos hermosos ojos.

—Sé que usted ha padecido mucho —dijo—. Deseo que olvide todo, que sea una mujer dichosa... Pero tiene que decirme todo lo que sabe y así podré ayudarla... ¿Sabe?, creo que me enamoré de usted desde el primer momento...

—¡No! —Gritó la joven—. Eso no es posible. Algy, si sientes algún afecto hacia mí... olvídalo...

—Pero, Esther...

—Yo no podría corresponderte.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo comprendes?

Repentinamente, Esther apartó de un manotazo el flequillo que cubría su frente, la cual quedó enteramente al descubierto.

—¡Mira. Algy! —clamó—. Estoy marcada. Satán dejó en mí su huella maligna. No puedo amarte, aunque lo quisiera... porque te arrastraría conmigo... a la infelicidad y a la desdicha.

Drooke tenía los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en ¡a horrenda marca que aparecía en la frente de la joven, aquella especie de triángulo de lados curvos y hendido por la mitad. La huella de la pezuña del macho cabrío, la personificación de Satanás.

Rozó con las yemas de los dedos aquella señal. No, no era un dibujo, pintado con lápiz grasoso y de color pardo rojizo, sino un trozo de piel completamente duro, calloso, distinto en todo a la blanca y sedosa epidermis que lo rodeaba.

—Vete, vete —rogó ella, desmadejada, a punto de derrumbarse físicamente—. Por lo que más quieras, te lo ruego, déjame en paz, déjame en paz...

Hundido, Drooke abandonó el apartamento. Cuando salía, pudo oír los agudos sollozos que brotaban de lo más hondo del pecho de Esther, la mujer en la que el diablo había dejado su huella.

* * *

Sigrid parpadeó asombrada cuando Drooke le relató lo sucedido.

—Es fantástico —comentó la joven—. La huella de Satán...

—Grantland también la tenía. Yo la vi —dijo él, a la vez que se llevaba la copa a los labios.

—Pero ¿es posible creer tales cosas en estos tiempos?

—Toqué la huella con los dedos. Era callosa, dura... como si a la pezuña del macho cabrío le hubiesen cortado una rebanada, aplicándola luego a la piel de Esther. Pero no era nada que estuviese pegado a la frente; formaba parte de su epidermis, ¿comprende?

Sigrid cerró los ojos un instante. Luego se puso en pie y empezó a pasearse por el interior de su lujoso apartamento.

De pronto, se volvió hacia el visitante.

—Algy.

—Sí, señorita Falconer...

—Tendríamos que hacer algo por esa pobre chica, ¿no le parece?

—Por ahora, no se me ocurre nada, lo siento.

—Creo que debería ir yo a verla —dijo Sigrid—, Me gustaría ofrecerle mi amistad, mi ayuda... ¿Puede darme su dirección?

—Con mucho gusto. Pero ¿qué pretexto empleará?

La joven sonrió maliciosamente.

—Haré algo que usted olvidó —dijo—. Empezaré por proponerle que me venda su propiedad. Después... ya veremos.

—¿Piensa mencionar los crímenes que se han cometido allí?

—Por supuesto que no. Pero creo que me entenderé con ella mejor que

usted. Oh, no es que me crea superior a usted. Sin embargo, entre dos mujeres suele haber confianza para contarse recíprocamente cosas que no se dirían a un hombre. ¿Me comprende. Algy?

—Sí, desde luego. Pero usted me hará un favor.

—Claro —accedió ella.

—Llámeme apenas haya terminado la entrevista. ¿Estamos?

—Completamente de acuerdo, Algy.

Drooke se levantó.

—No quiero seguir molestándola más —sonrió.

—Todo lo contrario, ha sido un placer. A decir verdad, ahora es cuando me siento más interesada por ese asunto —confesó Sigrid.

—¿También por la compra de Rhylings Place?

—Lo compre o no, la leyenda se olvidará algún día —afirmó la joven rotundamente.

El teléfono sonó repentinamente.

—Drooke —dijo el joven, con el auricular junto a su mejilla.

—Señor Drooke, soy Leo. Ella está aquí —exclamó Sharron—. Acaba de llegar...

Drooke vaciló un instante. A fin de cuentas, ya había hablado con Esther. Sigrid, en cambio, no le había llamado aún, por lo que ignoraba si había tenido lugar la entrevista entre las dos mujeres.

Al fin, se decidió.

—Está bien, gracias, iré ahora mismo, Leo.

Drooke colgó el teléfono y empezó a vestirse con gran rapidez. Después de tomada la decisión, había pensado que lo mejor sería observar disimuladamente las acciones de Esther.

Después de su entrevista, se daba cuenta de que ella estaba sometida a la acción de unas fuerzas superiores, de las que no podía evadirse. Sigrid había tenido razón; convenía ayudarla.

Pero ¿cuál era el problema que afligía tanto a Esther? ¿Sólo aquella infernal marca que el diablo había dejado en su frente?

Antes de que hubiera transcurrido media hora, entraba en la sala de juego. Sharron le vio instantes después y se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Está en la mesa de veintiuno —murmuró. Y agregó—: ¡Va a hacer saltar la banca!

—¿Debo desearle suerte a ella o a la casa?

Sharron sonrió.

—Yo sólo soy un empleado. Pero a fin de cuentas, casos como el suyo, como el de la señorita Rhylings, sirven de publicidad y luego acude más gente con la esperanza de imitar a los ganadores.

—Sin embargo, casos como el mío son excepcionales. Leo.

—Si le voy a ser franco, es la primera vez que veo salir tres plenos seguidos y en el mismo número. Disculpe, me llaman...

En un rincón de la sala se había producido un ligero alboroto. Sharron se

fue hacia allí. Luego, con dos de sus hombres, envió a la calle a un desaprensivo que quería atribuirse las ganancias en una jugada que no era suya. Drooke no pudo por menos de admirar la discreción y rapidez de la operación, que se produjo sin que se enterase la mayoría de asistentes.

Luego buscó la mesa de veintiuno.

Sí, allí estaba Esther, deslumbrante de belleza, ajena por completo a la admiración de que era objeto por los hombres. Las mujeres, pensó, debían morirse de envidia. El traje blanco que llevaba puesto y que dejaba al descubierto unos hombros de absoluta perfección de contornos, era el adecuado a su figura. Pero aquella mujer, a la que todos admiraban y envidiaban, tenía un pasado horrible.

Estaba ganando, no cabía duda, a juzgar por la pila de fichas que tenía frente a sí. La noticia se había propagado y cada vez era mayor el número de curiosos que acudían a presenciar el juego de aquella joven, que no fallaba una sola jugada.

Drooke pensó que parecía como si ella tuviera la virtud de traspasar los naipes con la mirada. Así podía saber con exactitud la carta que iba a salir y apostar o permanecer sin jugar, según los casos. De repente, notó una extraña sensación.

Era algo casi físico, una sensación desagradable y hostil al mismo tiempo. Alguien le miraba fijamente y podía sentir sus miradas en la nuca, traspasándole hasta llegar al cerebro. ¿Quién era aquella misteriosa persona?

Esther no podía ser: él estaba a un lado, pero de modo que ella le daba casi la espalda. Sólo si escorzaba la cabeza podría verle, pero la joven no se había apercibido de su presencia. Por lo demás, él no había hecho nada para hacerse notar.

Sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca y acercó el encendedor. De pronto, sintió un leve empujón.

Alguien se disculpó tras él.

—Dispense...

Drooke aprovechó la ocasión para volverse, con la sonrisa en los labios.

—No tiene importancia —contestó—. Apuesto a que tenia tocio su interés centrado en esa hermosa dama que amenaza con saltar la banca.

—Sí, es cierto —contestó el individuo.

Pero Drooke no le miraba. Con gran disimulo, había lanzado una rápida ojeada a la sala. Allí, detrás de una columna, había un hombre de elevada estatura.

Ahora había cambiado un tanto de aspecto. Usaba bigote muy frondoso, y se había aclarado el pelo con un tinte. Drooke desvió la mirada casi instantáneamente.. «No me has engañado. Westerby», se dijo para sus adentros.

Y entonces, sonó una voz:

—Lo sentimos, clamas y caballeros. En esta mesa, se suspende el juego por esta noche. ¡La banca ha saltado!

Sonaron numerosas exclamaciones de admiración. Impasible, Esther se puso en pie. Dos camareros acudieron con sendas bandejas y cargaron con el enorme montón de fichas que representaban sus ganancias. Drooke silbó tenuemente. Había cincuenta mil libras por lo menos.

«Creo que Sigrid puede despedirse de comprar Rhylings Place», pensó.

Ahora, Esther se dirigía hacia el departamento de caja, siguiendo a los camareros y acompañada por un alto emplea do de la casa. Tras unos segundos de vacilación. Drooke decidió salir antes que ella y esperar en un lugar discreto, desde el que pudiera ver sin ser visto.

Abandonó la casa, salió a la calle y se situó en la esquina. A sus espaldas había un pequeño callejón, que no era sino el acceso de los automóviles al parking. Allí, la oscuridad era más acentuada.

Asomó la cabeza por la esquina. Tenía la seguridad de que Esther no saldría sola.

Le había mentido. Westerby seguía a su lado.

Y en el mismo instante en que empezaba a hacerse tales deducciones, sintió un horrible dolor en el cráneo y dejó de pensar en Esther.

CAPITULO VII

Los dos hombres se detuvieron en un rincón del muelle, especialmente poco alumbrado. Las losas estaban húmedas y brillaban bajo la luz de las escasas lámparas que había en aquel lugar.

Más allá se divisaba el oleoso chisporroteo de las aguas de! Támesis. Había algo de niebla y la humedad parecía colarse por todos los poros del cuerpo.

— Vamos, Richard —dijo Westerby.

Retrocedieron hasta la cola del coche y abrieron el maletero. Drooke continuaba inconsciente.

—Si lo hubiéramos hecho la otra vez... —rezongó el gordito.

—Nunca es tarde —rió Westerby cínicamente.

Entre los dos hombres cogieron el inerte cuerpo de Drooke y se acercaron al borde del muelle. Justo en aquel instante, se oyó un chirrido de frenos.

Dos focos iluminaron poderosamente la escena. Westerby y el otro soltaron al mismo tiempo el cuerpo que tenían en brazos.

—Larguémonos, Richard,

Corrieron hacia el coche y salieron disparados, antes de que el ocupante del automóvil que acababa de llegar pudiera poner el pie en el suelo. Drooke yacía sobre el húmedo pavimento, quejándose sordamente, sin haber recobrado plenamente la consciencia.

Sigrid corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—¡Algy! ¡Algy!

Drooke emitió un hondo gemido. Abrió los ojos un instante, pero los volvió a cerrar.

—Vamos, Algy, haga un esfuerzo —dijo la joven.

Miró a su alrededor, vio un cubo medio lleno de líquido y se acercó para examinarlo.

Era agua, procedente de alguna limpieza. No estaba muy limpia, aunque tampoco olía mal. Pero era mejor que nada.

Drooke respingó y gruñó algo cuando recibió un chorro de líquido en pleno rostro. Sigrid volcó el cubo, lentamente sobre la cara, a fin de mantener por más tiempo la acción del agua fría. Cuando el recipiente se hubo vaciado, él consiguió sentarse en el suelo, aunque todavía muy aturdido.

—Algy, vamos, esfuércese... —insistió ella.

Ayudado por la muchacha, Drooke consiguió ponerse en pie.

—Apóyese en mí sin remilgos. Soy más fuerte de lo que parece —dijo Sigrid.

Al fin, llegaron al coche. Drooke se dejó caer en el asiento contiguo al del conductor.

—No se preocupe —dijo ella, a la vez que accionaba el contacto—. Está vivo y eso es lo que importa. Aunque ha estado a punto de ir a parar al fondo

del Támesis.

Drooke no contestó; no tenía fuerzas para hablar. Además, la cabeza le dolía espantosamente.

Como en sueños, se dejó llevar. Vagamente sintió que le ayudaban a subir por unas escaleras y luego notó que le daban algo de beber. Después, se durmió.

* * *

Por la mañana, despertó, torpe y envarado aún, pero notando que el dolor de cabeza había desaparecido en parte. Oyó ruido de cacharros en alguna parte y así supo que no estaba solo.

Con cierto esfuerzo, se sentó en la cama y llevó la mano a la parte posterior de la cabeza, en la que tenía un buen bulto. Entonces se dio cuenta de que tenía puesto el pijama.

Sigrid apareció de pronto en la puerta del dormitorio, fresca como una rosa, ataviada con un vestido liviano, blanco y amarillo, sobre el que tenía puesto un delantal de cocina. En !a mano derecha, apoyada en el costado, tenía una paleta de cocina.

—Bueno, veo que está mejor —dijo—. Ha dormido bien durante la noche y eso ha sido la mejor medicina.

Drooke la miró con ojos llenos de asombro.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Me quedé a pasar la noche —respondió la joven—. Usted no se encontraba en condiciones de valerse por sí mismo. Además, llamé a un médico conocido mío, que le reconoció, sin encontrarle otra cosa que un buen chichón. Ande, vaya a la ducha; el desayuno estará en seguida.

Drooke puso las manos encima del pijama.

—Pero... estoy con ropas de noche... ¿Quién me cambió?

Sigrid sonrió maliciosamente.

—Llamé a mi doncella, para que me trajese algo de ropa limpia. Le cambiamos entre las dos, le metimos en la cama y...

—¿Eso hicieron? —exclamó él, atónito.

—¿Acaso es el primer hombre al que desvisten dos mujeres? Ande, vamos, no se ruborice. Estas cosas no tienen importancia hoy día.

Drooke fue al baño y dejó que el agua fría corriese largamente sobre su cuerpo. Tomó un par de aspirinas y luego; vestido con ropas holgadas, acudió a la cocina.

—¿Qué me pasó? —quiso saber.

Sigrid le tendió una taza de café.

—Querían arrojarle al Támesis —contestó.

—Y usted me salvó...

—Sonó la campana, cuando ya estaban en la cuenta de nueve —dijo ella gráficamente—. Lo tenían en brazos y ya iban a lanzarlo al agua. Entonces

llegué yo y escaparon.

—¿Cuántos eran?

—Dos. No pude verles bien la cara. Uno era muy alto; el otro más bajo, gordito...

—Westerby y Richard —Exclamó Drooke.

—Los mismos de la otra vez, ¿eh?

—Ahora falta Paxton, claro. Pero ¿por qué quisieron matarme?

—Tiene una explicación bien simple: usted sabe que Grantland fue asesinado. Una vez pudieron perdonarle la vida, pero ahora se han dado cuenta de que va tras ellos y quieren evitar que pueda ponerles en un serio compromiso.

—Yo no iba tras ellos, sino que quería saber qué hacía Esther...

—Da lo mismo, Algy. Según su punto de vista, claro.

Drooke me engañó, cuando dijo que había despedido a Westerby —se lamentó.

—A mí no me extraña en absoluto —contestó Sigrid, mientras llenaba la taza.

—¿Por qué

—Hay dos respuestas: está de acuerdo con ellos o sometida a su voluntad, por alguna causa que ignoramos. Eso es todo, Algy.

Drooke bebió pausadamente el café.

—Sigrid, ¿cómo pudo llegar tan oportunamente?

—La verdad es que no lo sé muy bien. Alguien me llamó, diciéndome que acudiese a la casa de juego. Llegué a eso de las once y media y a los pocos momentos percibí un gran alboroto. Fue cuando Esther hizo saltar la banca. Luego le vi a usted que salía precipitadamente.

—Pero yo no la vi a usted...

—Procuré pasar desapercibida. Si había visto algo interesante, lo mejor era dejarle actuar sin estorbarle. Salí a los pocos instantes y observé algo extraño en el callejón que conduce al parking. Llegué justo a tiempo de ver que le metían en el maletero del coche..., pero no había ningún guardia a la vista.

—Y los siguió.

—Estuve a punto de despistarme, pero, afortunadamente, pude llegar a tiempo. En cuanto les enfoqué con los faros del coche se dieron a la fuga.

Drooke la contempló con admiración.

—Actuó con gran valor, pero ¿qué habría pasado si ellos hubiesen tratado de atacarla?

Ella sonrió. Fue a un sillón, abrió su bolso y enseñó una pistola niquelada.

—Es de calibre veintidós, pero hace algo de ruido y puede matar —contestó.

—Sigrid, le debo la vida y no lo olvidaré jamás. Pero ¿qué piensa hacer ahora?

—Es un asunto que me tiene profundamente intrigada —contestó la joven —. Seguiré hasta el fin.

—¿Habló con Esther?

—No, no me fue posible. Insistiré hoy.

Sonriendo. Sigrid se quitó el delantal de cocina y se pasó una mano por los revueltos cabellos.

—Usted ya se encuentra bien y no me necesita. Sin embargo, mi amigo el médico recomendó veinticuatro horas de quietud. Descanse todo el día. Mañana volveremos a vernos. ¿Le parece bien. Algy?

Drooke suspiró.

—Tiene usted una forma de decir las cosas que no queda otro remedio que obedecer —contestó sonriendo.

Sigrid se marchó. Drooke comprendió que debía sentir el consejo del médico. Todavía se sentía muy débil. Abandonó la cocina y se tendió en la cama, sin cambiarse de ropa.

Esther le había mentido. ¿Por qué?

La sensación de que era prisionera de Westerby se apoderó de su ánimo. De alguna forma, ella era cautiva del diabólico sujeto y. pensó, tenía el deber de liberarla de la maligna influencia de Westerby. Aunque no en la forma aceptada tradicionalmente. Esther estaba poseída por el diablo.

Vivía un infierno en carne mortal. Debía librarla de aquel indescriptible padecimiento.

«Pero, ¿cómo?», se preguntó, sintiéndose terriblemente descorazonado, porque no conseguía encontrar la solución deseada.

Estaba adormilado, cuando oyó el teléfono. Abrió los ojos y consultó el reloj. Eran las doce y media.

—Drooke —dijo.

—Algy, soy Sigrid. Tengo noticias.

—¿Ha hablado con Esther?

—La llamé por teléfono. Me dijo que partía hacia Francia. Yo insistí en la entrevista. Ella contestó que lo sentía muchísimo, pero que no era posible.

—¿Qué hizo usted?

—Había llamado desde una cabina pública, a poca distancia de su casa. Me quedé a esperar.

—¿Y...?

—Esther salió a poco de su casa, ataviada como para emprender un viaje, llevando un maletín en la mano. Utilizó un taxi y fue a Croydon.

—¿Seguro?

—Absolutamente —dijo Sigrid con gran énfasis—. Yo tenía mi coche a mano y seguí al taxi. Efectivamente, ella fue al aeródromo.

—Oiga, si no me equivoco, los vuelos regulares parten y llegan de Heathrow...

—Pero en Croydon se puede alquilar una avioneta ligera, como hizo ella.

—Oh, comprendo. De modo que está en Francia.

—En efecto, así es. Porque, además, lo comprobé en la oficina de Croydon. El vuelo había sido programado para llegar a Le Bourget, en París.

Y todavía hay más, Algy.

—Sigrid, mi debilitado corazón no lo va a poder resistir...

La joven se echó a reír.

—Es usted más fuerte de lo que parece —contestó—. Resumiendo, Esther se marchó en el avión con los dos tipos que intentaron asesinarlo anoche.

—Westerby y el gnomo.

—Exactamente. Oh, Algy, ya no sé qué hacer...

Drooke meditó unos instantes.

—Escuche —dijo al cabo—. Yo sé lo que debe hacer. Llame a Le Bourget. Pregunte a Información. Tal vez consiga algo. A lo mejor le dicen adónde se han dirigido.

—Quizá alquilaron un coche por radio...

—Si es así, si tomaron el coche, sabremos que, efectivamente, han llegado a Francia.

Sigrid lanzó una exclamación.

—¿Es que sospecha que me engañaron? —preguntó.

—En la oficina de Croydon, no. Ellos... puede ser...

—De acuerdo, llamaré ahora mismo.

—Y luego me comunicará lo que sepa.

—De acuerdo.

Drooke volvió el teléfono a su sitio y encendió un cigarrillo. Ya se sentía mucho mejor, pero las preocupaciones no cesaban. Esther le engañaba, engañaba a Sigrid, pero ¿por qué?

De pronto, se estremeció.

¿Acaso Westerby tramaba otro asesinato?

Sigrid volvió a llamarle un cuarto de hora más tarde.

—Algy, tenías razón —le tuteó sin remilgos.

—No han ido a Francia, ¿eh?

—A poco de despegar, cambiaron de plan de vuelo y se han dirigido a Burlington.

—¿Han llegado allí?

—Es pronto todavía para saberlo. Te tendré al corriente.

—Está bien.

Sigrid volvió a llamarle una hora después.

—Llegaron a Burlington y partieron con rumbo desconocido.

—Sigrid, yo sé adónde se dirigieron. ¿Te lo imaginas tú?

—Perfectamente, Algy.

—Bien, ¿qué te parece hacer mañana una excursión?

—No tengo el menor inconveniente.

Drooke se echó a reír.

—Debiera decir que lo estás deseando —exclamó.

CAPITULO VIII

Estaba sentada en un sillón, con la mejilla apoyada en una mano y la vista perdida en un punto indefinido. No lejos de ella sonaban voces, pero no les prestaba la menor atención.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se abrió la puerta del salón y entraron dos hombres.

—Querida — dijo Westerby— permíteme que te presente al señor Brickell.

Esther alzó los ojos. Westerby continuó:

—Señor Brickell, ésta es Esther Rhylings, la propietaria de la casa.

—Es un placer, señorita — dijo el sujeto, a la ve/ que avanzaba hacia Esther, con la mano tendida.

—Encantada— contestó ella con voz opaca.

Brickell se volvió hacia el otro.

—¿Está enferma? —preguntó.

Westerby se echó a reír.

—No, es su carácter. No se lo tenga en cuenta, amigo Brickell: es un poco retraída... Nos dispensas, ¿verdad. Esther?

La joven guardó silencio. Westerby y el sujeto se marcharon, conversando animadamente.

Esther se retorció las manos. En aquellos momentos, habría deseado con toda su alma tener a Drooke a su lado.

Si supiera cómo ponerse en contacto con el joven... En la casa no había teléfono. Deshabitada desde hacía años. Westerby no había juzgado conveniente hacer que lo instalasen de nuevo.

¿Y si se fuese al pueblo?

De pronto, decidida, se puso en pie.

Cruzó la estancia, se asomó al vestíbulo y lo encontró desierto. Era la ocasión, se dijo.

Pisando de puntillas, atravesó el vestíbulo y buscó la puerta trasera. Momentos después, estaba en el garaje.

Había dos coches, ambos con las llaves puestas. Utilizaría el suyo, se dijo.

Abrió la portezuela, dio el contacto y el motor permaneció silencioso.

Insistió de nuevo, con el mismo resultado. El motor no daba señales de funcionar.

Al cabo de unos instantes, se apeó, levantó la tapa del motor y lanzó una exclamación. ¡Faltaban los cables de las bujías!

Trató de usar el coche de Brickell, pero obtuvo el mismo resultado. De pronto, oyó una risita burlona en la puerta del garaje.

Volvió la cabeza. Westerby estaba en el umbral.

—Presentía que ibas a hacer una cosa semejante —dijo.

Esther adelantó un paso.

—¿Hasta cuándo? —exclamó, con el pecho palpitante de indignación.

—Por ahora, no tengo prisa...

—Antón, me juraste que Grantland era el último. Y me has mentido, porque has traído a Brickell.

De pronto. Westerby avanzó unos pasos y agarró a la joven por un brazo.

—Escucha —dijo, despidiendo llamas por los ojos — Tú harás exactamente lo que yo te ordene, ¿me entiendes? No te preocupes de si Brickell es o no el último: eso es cuenta mía y de nadie más.

—Suéltame...

La mano de Westerby hizo presión sobre la delicada mano de la joven.

—He podido soportar tu desprecio y he llegado a acostumbrarme, porque, a cambio, he obtenido otras cosas. Pero no me hagas perder la paciencia. No me irrites o te haré saber lo que es bueno.

Ella le miró, asustada, pero valerosa a un tiempo.

—Algún día pagarás tus crímenes...

Westerby rió burlonamente.

—En tal caso, lo pagaríamos a medias —contestó. Sacudió el brazo de la muchacha y la empujó violentamente hacia el exterior—. Anda a cambiarte —ordenó—. Pronto va a ser la hora de la cena y quiero que Brickell te vea más bella que nunca. ¿Me has entendido?

Esther guardó silencio. Sin pronunciar una sola palabra, regresó a la casa.

Sentíase derrotada, imposibilitada de romper los demoníacos lazos que la ataban a aquel odioso sujeto. Si pudiera avisar a Algy...

* * *

—Has cometido una imprudencia —dijo Sigrid.

—¿Por qué? Tenía apetito y mi frigorífico estaba lleno de aire.

—Pero deberías estar aún en la cama...

—Oh, vamos, vamos, ya me encuentro bien.

—Pudiste haber venido a mi casa. Yo te habría dado de cenar.

—No quise molestarte. Y si quieres que te diga la verdad, te llamé para decírtelo, por si se te ocurría llamarme y no recibías contestación. Pero aquí se come muy bien y, lo que es más importante, barato. Anda, pide de cenar.

Sigrid remoloneó un poco, pero acabó por ceder. Vino la camarera y le encargó el menú. Mientras cenaban, discutieron lo que debían hacer al día siguiente.

—Si madrugamos, podríamos llegar alrededor de las diez de la mañana. Pero, personalmente, preferiría observar la casa antes de hacer nada —dijo él.

—¿Qué planes tienes en perspectiva?

—Bueno, podríamos llegar a prudente distancia y acercarnos a campo traviesa. Unos prismáticos nos resultarían sumamente útiles...

—Tengo unos en casa —dijo Sigrid—. ¿Y después?

—Depende de lo que veamos. Tendremos que tomar decisiones sobre el

terreno...

De repente, Drooke sintió una fuerte palmada en el hombro. Volvió la cabeza y contempló al hombre joven y robusto que le sonreía amistosamente.

—Algy, viejo zorro —exclamó el sujeto—. ¿Ya no te acuerdas de mí? Claro, como ganaste una vez tres plenos a la ruleta...

—Greene. Laird Greene —sonrió Drooke, a la vez que se ponía en píe—. Claro que me acuerdo de ti, hombre; lo que pasa es que no te había visto... Oh, dispénsame, Sigrid; te presento a un antiguo condiscípulo... Sigrid Falconer. Laird Greene.

Greene tomó la mano de la joven.

—Aunque usted no lo crea, señorita, Drooke siempre fue un hombre favorecido por la suerte. Es de la clase de tipos que rompen el refrán; además de afortunado en el juego, también lo es en el amor.

—Señor Greene, su amigo no me ha hecho todavía ninguna proposición —rió la muchacha.

—A decir verdad, nuestra relación es la del profesional con su cliente —puntualizó Drooke—. Pero ¿no quieres sentarte con nosotros y tomar una copa?

—¿Lo permitirá esta linda muchacha? —preguntó el sujeto.

—Me sentiré encantada —contestó Sigrid.

Greene se sentó entre los dos. Vino una camarera y encargó champaña.

—Para celebrar el encuentro y tu buena suerte —dijo Greene. Y añadió—; aunque no eres el único. La otra noche, vi a una joven que hizo saltar la banca. Tú estabas allí, pero tampoco me viste; te la comías con los ojos, bribón.

Drooke se sonrojó.

—Era sólo curiosidad, hombre —rezongó.

—Ella no te hizo caso; se comprende, estaba muy ocupada ganando las libras como si saliesen de un grifo. Su tío debió de ponerse muy contento.

Drooke frunció el ceño.

—¿Su tío? ¿Es que la conoces?

—Claro. Me la presentaron hace algunos años. Conozco un poco su historia Pobre chica, parece que se va recuperando de lo que pasó cuando erra una chiquilla...

—Laird, estabas hablando del tío de esa joven —dijo Drooke cortantemente.

—Ah, sí, el que fue internado en un manicomio, junto con su hermano, es decir, el padre de Esther.

—¡Pero se ahorcaron los dos! —Exclamó el joven—. Eso es lo que me dijeron en Gulfinston.

—Oh, debió de ser una confusión. Tengo entendido que, en un principio, eso fue lo que se creyó. Por lo visto, el tío de la chica había regalado algunas ropas a un enfermero, Y éste es el que murió ahorcado. Así se dijo en las primeras informaciones, pero luego él apareció vivito y coleando.

—Tal vez ahorcó a su hermano y al sanitario —apuntó Drooke.

—Probó muy bien su coartada. Estaba con la jefa de enfermeras. Pasaron la noche juntos, ¿sabes?

—Y tú le has reconocido...

—Tengo buena vista para los rostros —explicó Greene—. En aquella época, yo me ganaba un sueldecito como enfermero en aquel manicomio: hasta que pude terminar mis estudios. Me enteré del caso con todos los detalles. Han pasado doce años, pero Rhylings no ha cambiado apenas.

—Ahora usa otro nombre, Laird.

—Es posible. Aquel asunto hizo mucho ruido.: En su lugar, yo también me habría cambiado el nombre...

Greene levantó su copa nuevamente.

—Ojalá sigas con tu buena suerte, en todos los sentidos —rió.

Drooke y Sigrid se quedaron solos momentos después.

—Algy, ¿qué opinas? —preguntó ella.

—Esther me engañó en algunas cosas, pero no se le puede reprochar. Por alguna razón que desconocemos, está sujeta a la despótica voluntad de Westerby...

—Rhylings —puntualizó Sigrid.

—Bueno, su tío. El nombre importa poco ahora. Westerby o Rhylings, tanto da, pero si él eligió el primero, pudimos seguir llamándolo de esta manera.

—Muy bien. ¿Qué más?

Drooke Agitó la mano. Vino una camarera y le pidió la cuenta. Luego dijo:

—A partir de ahora, todo lo que hagamos tendrá que suceder en Rhylings Place. ¿Te asusta madrugar?

—En absoluto.

—Estaré a las siete en la puerta de tu casa. Lleva ropas cómodas, para andar por el campo.

—De acuerdo. Algy.

Ella se quedó pensativa un instante. Luego miró al joven y sonrió.

—Espero que podamos hacer algo positivo en favor de Esther —deseó fervientemente.

* * *

Salió de su dormitorio, en el profundo silencio de la noche, atándose precipitadamente el cinturón de su bata de abundantes velos, y corrió hacia la habitación ocupada por el huésped. Antes de abrir la puerta, miró cautelosamente a su alrededor.

Luego, de pronto, se decidió y abrió de golpe. Fred Brickell estaba sentado en la cama, leyendo un libro, y, se sintió enormemente asombrado al ver a la muchacha.

—Señorita...

Esther cruzó el umbral y cerró la puerta. Brickell sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—Bueno, no me esperaba una cosa así, pero tampoco rechazo las acometidas de la buena suerte — exclamó.

Ella le miró asombrada.

—Señor Brickell...

El huésped puso sus manos en la esbelta cintura de la muchacha.

—Eres tan bien recibida como un regalo de Navidad —dijo—. Si ésta es una muestra de la hospitalidad de Westerby, tendré que volver por aquí con frecuencia.

—¡Señor Brickell!

Esther se desasió con un súbito empellón. El hombre respingó.

—¿Qué te pasa, muñeca? ¿Vienes a provocarme y luego te arrepientes? ¿O es que te gustan cierta clase de prólogos...?

—Escuche, pedazo de idiota. No he venido aquí a conquistarle, sino a avisarle de que su vida corre serio peligro. Vístase y márchese antes de que sea tarde. A pie, porque le han inutilizado el coche, pero la aldea está a menos de una milla. Váyase, váyase inmediatamente.

Brickell tenía la boca completamente abierta.

—Pero ¿qué estás diciendo, muchacha? ¿Has tomado alguna copa de más?

Esther se retorció las manos.

—Por favor... Oiga, ¿ha traído usted una gran suma de dinero? —exclamó repentinamente.

—No creo que eso te importe —respondió él ásperamente.

—Sí, me importa; porque no sería usted el primero que trata de hacer negocios con Westerby y luego es asesinado, para quedarse con el dinero.

—De todos modos, iba a prestárselo.

—Pero si viviera, podría reclamarlo más tarde, caso de que el negocio no resultase a su satisfacción.

—Eso sí es cierto —convino Brickell preocupadamente. De pronto, lanzó una interjección—: ¿Has dicho que no sería el primero?

—Sí, eso he dicho. —Esther emprendió la retirada—. Vístase y salga sin hacer ruido. Vaya inmediatamente a Gulfinston y alquile un coche si quiere llegar vivo al día de mañana.

Brickell empezó a sentirse muy aprensivo.

—Sí, me iré, me iré... Por todos los diablos, ¿quién me aconsejaría venir a esta maldita casa?

La muchacha había desaparecido ya. Brickell maldijo entre dientes una y otra vez, mientras se vestía apresuradamente.

Lo peor de todo era que no podía acudir a la policía. Si lo hacía, tendría que contestar a algunas preguntas comprometedoras y eso no le convenía en absoluto.

Minutos más tarde, estaba ya vestido. Agarró un pesado portafolios y se dirigió hacia la puerta.

Cruzó el umbral. En el mismo momento, sintió que algo flexible se enroscaba en torno a su cuello.

Intentó gritar, pero el lazo se cerró súbitamente sobre su garganta y le impidió lanzar el menor grito. Con ojos desorbitados por el horror vio delante de él una figura diabólica, un rostro redondo, con ojos que fulguraban como brasas.

Lo último que sintió fue una terrible quemadura en la frente. En el acto se hizo todo negro para él y dejó de percibir sensaciones.

CAPITULO IX

Richard Bañe contempló el objeto que tenía en la mano unos instantes y luego miró al hombre que tenía ante sí.

—¿Era necesario? —preguntó.

Los ojos de Westerby brillaban demencialmente.

—«Él» ha dejado su huella por nuestra mediación —contestó.

Bañe torció el gesto. Westerby estaba medio loco, se dijo, pero conseguía dinero.

Por otra parte, no sentía la menor compasión hacia el sujeto que yacía a sus pies, con la marca en la frente. Los tipos como Brickell estaban mejor en el otro mundo, se dijo.

—Está bien —sonrió—. ¿Qué hacemos ahora?

—Trae una manta. Deja el hierro en su sitio; por ahora, no lo necesitamos.

Bañe asintió. Bajó a saltitos la escalera, dejó el hierro en un colgador de la cocina y luego fue a lo que había sido en tiempos dormitorio de la servidumbre. Momentos después, llegaba de nuevo al primer piso con la manta en los brazos.

—Es una lástima que se nos escapase Drooke —comentó de pronto.

—Quizá le echemos la mano encima algún día —respondió Westerby—. Este era un pez mucho más gordo.

—Y bien «cebado» —rió Bañe—. ¿Cuánto calcula, jefe?

—Casi setenta mil.

—No está mal.

Los dos hombres emprendieron el descenso con el cadáver envuelto en la manta. Ninguno de ellos se apercibió de que

Esther les observaba a través de una rendija de la puerta de su dormitorio.

Brickell se había retrasado demasiado, pensó amargamente. Ya no podía hacer nada por él.

Pero, se dijo, de pronto, sí podía hacer algo para estorbar los planes de aquellos dos desalmados.

Cuando la puerta posterior se hubo cerrado, corrió al dormitorio de Brickell.

El portafolios estaba allí, sobre una silla. Los asesinos lo habían recogido después de cometer su crimen, dejándolo en un lugar donde suponían nadie iba a tocarlo. Esther agarró el portafolios y regresó corriendo a su habitación.

Miró a su alrededor, preguntándose dónde podría esconder el dinero. De pronto, se fijó en la chimenea, apagada debido a la estación.

El portafolios quedó oculto allí, situado sobre la repisa interior de la chimenea. Esther fue luego al baño, se lavó cuidadosamente las manos y volvió a meterse en la cama.

Apagó la luz y lanzó un gemido.

—Algy, si estuvieras aquí...

Mientras, en la oscuridad, Westerby y Bañe caminaban hacia un lugar situado a cierta distancia de la casa. Había allí una especie de ribazo, de cuatro o cinco metros de altura, cubierto de espesa vegetación. Cuando el cadáver quedó en el suelo. Bane sacó una linterna y apartó el ramaje.

Una gruesa puerta de madera, con el dintel formado por una sola piedra de granito, quedó a la vista. Alargó la mano para descorrer el cerrojo, pero en el mismo instante, vio algo que le hizo quedarse petrificado de asombro.

—¡Anton!

Westerby acudió en el acto.

—¿Qué pasa. Richard?

Bañe tendió la mano temblorosa hacia el papel que estaba sujeto a la madera con un par de chinchetas.

—Lea... Lea, por favor...

Los labios de Westerby se contrajeron violentamente. Luego se abrieron para dar paso a una espantosa maldición.

En aquel papel había un mensaje harto comprometedor:

> LLEGARE MAÑANA A MEDIODIA. TENGAN PREPARADAS DIEZ MIL LIBRAS ESTERLINAS O VENDRA LA POLICIA.

Nada más, no había firma ni fecha, aunque el anuncio se refería al día siguiente, indudablemente.

Westerby volvió a maldecir. Luego arrancó el mensaje de un manotazo.

—Por supuesto, vendremos mañana —exclamó.

Minutos más tarde, regresaban a casa. Westerby subió de inmediato al dormitorio de Brickell.

Cuando descubrió la falta del portafolios, empezó a lanzar maldiciones, hasta que la falta de aliento le obligó a callar.

Al cabo de unos momentos, fue a la habitación de Esther.

Ella dormía apaciblemente, con un ebúrneo brazo fuera del embozo. Westerby empezó a buscar por todas partes. Al fin, decepcionado, se retiró, sin conseguir su objetivo.

* * *

Corriendo agachados, aprovechando los menores resquicios entre la maleza. Drooke y Sigrid llegaron a un punto situado a unos doscientos metros escasos de la mansión y a un nivel ligeramente superior en dos o tres metros, lo que les proporcionaba una excelente perspectiva. Al terminar aquella carrera, se sentían sofocados y sudorosos.

—Hace buen tiempo —se quejó ella.

—Es lo propio de la estación —sonrió Drooke—. Por fortuna, soy un hombre previsor.

Llevaba una bolsa de costado pendiente del hombro y sacó un termo, que

contenía té helado.

—Bebe a pequeños sorbitos —aconsejó, al entregarle un vaso.

—Te mereces un monumento —sonrió ella—, A mí no se me hubiera ocurrido...

—También llevo unos bocadillos. Puede que tengamos que pasar aquí muchas horas.

—¿Tú crees?

Drooke consultó el reloj.

—Aún no son las diez de la mañana, lo cual significa que tenemos más de nueve horas de luz. En ese tiempo, podemos observar muchas cosas.

Sigrid se sentó en un viejo tocón. Delante de ella, había un arbusto, pero no le impedía totalmente la visión.

Drooke estaba en pie, también detrás de otro arbusto. Con los prismáticos en la mano, exploró la casa durante largo rato. Un instante divisó la fugaz silueta de Esther, moviéndose en su dormitorio, pero ella desapareció casi en el acto.

—Bueno, al menos sé que están allí —dijo.

—¿Has visto algo? —preguntó Sigrid.

—A ella, un instante, lo cual significa que siguen en la casa... Espera —dijo Drooke de pronto.

Se corrió un poco hacia su izquierda y estudió el panorama durante unos segundos.

—Veo dos coches —continuó a poco—. Si intentan marcharse, los veremos con tiempo.

—Hay algo que me extraña, Algy —manifestó Sigrid—. Ellos vienen aquí subrepticiamente, ya que, según todas las noticias, la casa está deshabitada. Pero si siguen las rutas normales, tienen que pasar por la gasolinera y serían vistos indefectiblemente.

—Comprendo lo que quieres decir, pero mira hacia allí —contestó el joven.

Con la mano, señaló un camino polvoriento que serpenteaba entre el espeso bosque, no siempre visible de una manera total. Aquel camino llegaba a la casa por el lado oeste y se veía en muy malas condiciones.

—Me parece recordar haber visto el desvío a media milla antes de la gasolinera —añadió Drooke—. Entonces, usan ese camino y llegan a la casa sin ser vistos.

—A menos que lleguen a una hora avanzada de la noche.

—Pero tomaron el avión muy temprano. Antes de mediodía, ya estaban aquí. Por tanto, usaron el camino.

—Y nadie sabe que están.

—En efecto.

—Luego, si se esconden, es que planean hacer algo Non sancto.

—Tratándose de adoradores del diablo, la respuesta es obvia.

—Oh, Algy, ¿vas a decir que tú también crees en esas supersticiones? —se

extrañó la muchacha.

—Por supuesto que no, pero ellos sí. Aunque...

Drooke se frotó el mentón, con los prismáticos sobre el pecho.

—Grantland me dijo que si quería tener suerte, debía tocar con la mano alguna de las cabezas de macho cabrío. No lo hice intencionadamente, por supuesto... Pero lo hice y gané tres plenos a la ruleta, y aposté un penco por el que nadie daba un chelín y gané cincuenta a uno. ¿No es para pensar un poco sobre ciertas leyendas?

Ella conocía la leyenda y asintió. Podía tratarse de casualidades, de coincidencias que se daban una vez entre millones..., pero había sucedido.

—Adoran al diablo y le piden bienes terrenales...

—Pero ayudan un poquito, matando a los que tienen ese dinero —dijo él sarcásticamente.

—Menos cuando ella hizo saltar la banca.

—Hizo saltar la banca —repitió Drooke, muy pensativo—. Tal vez tenía un cómplice.

—¿El croupier?

—Un día podremos hablar con ella y conseguiremos que lo declare todo. Entonces lo sabremos, no te quepa la menor duda.

La conversación languideció a poco y guardaron silencio. El tiempo transcurrió lentamente. De pronto, hacia el mediodía, Drooke percibió cierta agitación en la parte posterior de la casa.

Inmediatamente, enfocó los prismáticos hacia allí.

—Ya salen —avisó.

Sigrid estaba sentada en el suelo, con la espalda recostada en el tronco de un árbol, y se había adormilado un poco.

Instantáneamente se despabiló y corrió a reunirse con el joven.

—¿Quiénes son, Algy?

—Westerby y el gnomo.

Pasaron algunos segundos. Westerby y el otro caminaban rectamente hacia el oeste. De súbito, Drooke percibió crujido de ramajes en las inmediaciones.

Alguien llegaba por aquellos parajes. Drooke puso la mano en los hombros de la muchacha y la hizo agacharse.

—Silencio —cuchicheó—. No hagas el menor ruido.

Sigrid contuvo incluso el aliento. A los pocos segundos, vieron pasar por delante de ellos a un individuo, al que Drooke reconoció de inmediato.

El hombre caminaba con grandes precauciones, procurando ocultarse entre la maleza. Sin embargo, no se dio cuenta de que había dos pares de ojos observándole a menos de cinco pasos de distancia.

Drooke se quedó estupefacto.

—¿Adónde diablos va Ramsay? —murmuró.

Sigrid también se sentía perpleja, porque había reconocido igualmente al dueño de la gasolinera. Ramsay, apreció, parecía seguir una dirección convergente que le llevaría a reunirse con Westerby y Bane.

—Sigámosle, Algy —propuso.

—Desde luego, pero con una condición —aceptó él.

—Sí, lo que tú digas.

—Pase lo que pase, no debemos hacer patente nuestra presencia aquí. Que no se enteren de que estamos en estos parajes. ¿Entendido?

—De acuerdo. ¿Vamos?

Con gran sigilo, echaron a andar, siguiendo el mismo camino que Ramsay, quien les precedía en una veintena de metros.

Al cabo de unos minutos, oyeron otras voces. Drooke agarró la mano de Sigrid.

—Quieta, éste es un buen lugar para observar —decidió.

CAPITULO X

Westerby llegó al pie del ribazo y miró a su alrededor. Luego consultó su reloj. Faltaban un par de minutos para las doce. A fin de entretener la espera, encendió un cigarrillo.

Cuando estaba a mitad, oyó una voz entre los arbustos.

—¿Has traído el dinero?

Westerby se sobresaltó primero y luego preguntó:

—¿Quién es usted?

—Eso no importa ahora. Señor Westerby, lo sé todo.

—¿De veras? ¿Qué es lo que sabe, amigo?

—Lo suficiente para .enviarle a la cárcel por el resto de su vida. ¿O es que cree que todo este tiempo he estado cruzado de brazos?

—Le aseguro que no le entiendo...

—Oh, vamos, vamos, no se haga el despistado. De cuando en cuando, venía aquí, para ver si conseguía averiguar ciertas cosas que me preocupaban. Una vez les vi llevando un bulto en brazos. Era el cuerpo de una persona. Lo enterraron por aquí. No me importa por qué lo mataron, aunque me imagino que el dinero tuvo que ver mucho en ello. Pero si quiere que la policía no investigue, déme las diez mil libras y olvidaré todo lo que he visto.

Impasible, con pulso perfectamente firme, Westerby volvió a encender otro cigarrillo.

—Oiga, amigo, ¿por qué no da la cara? —propuso calmosamente—. Me disgusta mucho tratar con alguien a quien no puedo ver con claridad. Salga al descubierto y trataremos el asunto como buenos amigos.

—¿Me toma por tonto? —Rió Ramsay—. Puede tener un arma...

—Le aseguro que no estoy armado. Salga, hombre.

—No. Y el trato ya está hecho. Diez mil libras y callaré. De lo contrario, iré hoy mismo a la policía.

Westerby pareció considerar la respuesta del sujeto.

—Es mucho dinero —se quejó—. No tengo tanto a mano... ¿No se conformara con dos mil?

—¿Me toma por tonto? —Bramó el dueño de la gasolinera—. ¡He dicho diez mil; ni un penique menos!

—De acuerdo, de acuerdo, pero es que me ha pillado en mala situación. Oh, no es que no disponga de ese dinero, pero no llevo encima el suficiente efectivo. Déme una semana de tiempo y le daré las restantes ocho mil. ¡Se lo juro! A mí también me interesa callar, como puede comprender.

—Dos mil ahora...

—Y el resto dentro de una semana, exactamente.

Ramsay dudó un momento.

—Oiga, ¿quién era el fiambre?

—¿Qué le importa a usted?

—Es que quiero estar seguro de que no dirá una palabra. Vamos, dígalo.

Westerby hizo un gesto de resignación.

—Se llamaba Hal Paxton y...

¡CRACK!

El golpe sonó seco, con poco volumen sonoro. Inmediatamente se oyó el ruido de un cuerpo que aplastaba los ramajes al caer.

—Al fin —exclamó Westerby—, Creí que no ibas a llegar nunca, Richard.

—Lo siento, estuve buscando la mejor posición —se disculpó Bañe—. ¿Qué hacemos con él?

—¿Lo has reconocido?

—Sí, es el dueño de la gasolinera. Sin duda se «olió» la tostada y llegó a la conclusión de que aquel imbécil de Hal le había sustituido unas cuantas horas. Bueno, ¿acabamos con él...?

Drooke sujetaba a Sigrid con un brazo por la cintura. La mano libre tapaba su boca, para impedirle que lanzase un grito. Ahora iban a ser testigos de un asesinato y no podían evitarlo.

—No —dijo Westerby—. Por ahora, no. Lo dejaremos ahí encerrado. Cuando despierte pensará que va a morir de hambre y de sed. Eso le ablandará y podremos interrogarle a fondo dentro de veinticuatro horas. Entonces veremos lo que conviene hacer con él. ¿Entendido?

—Desde luego.

Los dos hombres se marcharon pasados algunos minutos. Entonces. Drooke soltó a la muchacha y se incorporó.

Sigrid estaba muy pálida.

—Dios mío, y ahora, ¿qué hacemos? —murmuró.

* * *

Drooke llenó un vaso de té helado y se lo entregó a la joven.

—Debería haber traído un poco de brandy, pero, francamente, no pensé en ello —se disculpó.

—El té está bien, gracias —respondió ella, todavía muy alterada—, ¿Lo has oído todo, Algy?

—Sí.

—Hal Paxton debía de ser el empleado de la gasolinera, el mismo al que encontramos muerto.

—Es cierto. Y ahora está allí...

Drooke tendió la vista hacia los arbustos situados en la base de aquel pequeño abultamiento del terreno. Luego, de pronto, dio unos pasos hacia adelante y apartó los ramajes.

Una recia puerta, construida con tablones de inusitado grosor, apareció ante sus ojos. El dintel estaba formado por una enorme piedra de granito, alargada, de casi medio metro de grosor. Las jambas estaban hechas de recios troncos, escuadrados adecuadamente y hundidos profundamente en la tierra.

Había un simple cerrojo, oxidado, pero también aceitado, lo que hablaba de su reciente utilización. El maderamen de la puerta y el marco eran muy antiguos, obviamente, pero todo aparecía en buen estado de conservación.

Drooke asió el mango de su cerrojo y dudó unos instantes. Sigrid le contemplaba con la respiración en suspenso. Ambos se imaginaban de sobra lo que iban a encontrar al otro lado.

De pronto, Drooke descorrió el cerrojo y tiró hacia sí. Sigrid se puso una mano en la boca.

Ramsay continuaba sin sentido. Drooke divisó una profunda cavidad que se adentraba en el interior de la tierra. A pocos pasos de distancia, se veían tres abultamientos de forma inconfundible.

Franqueó el umbral. Sigrid, aterrada, no se decidió a entrar.

Drooke avanzó paso a paso, deteniéndose junto a uno de los cadáveres, en los que había observado algo asombroso. Todos estaban cubiertos por lo que parecía cera, en una espesa capa, de casi tres centímetros de grosor, pero transparente. Aquella capa de cera, pensó, tenía como objeto la conservación de los cuerpos sin vida.

Reconoció a Paxton. Y también vio algo en su frente: la huella de la pezuña del macho cabrío.

Grantland también tenía impresa aquella señal diabólica, lo mismo que el otro muerto, al que no conocía en absoluto. Al cabo de uno segundos, dio media vuelta y salió fuera, disponiéndose a cerrar la puerta inmediatamente.

—¿Vas a dejar ahí a ese pobre hombre? —se extrañó Sigrid.

—Ramsay ha jugado sucio también. Le conviene una buena lección —respondió el joven duramente.

Sigrid lanzó una aprensiva mirada hacia la puerta.

—¿Por qué se les ocurrió construir esa cueva? —quiso saber.

—Sin duda es muy antigua —dijo Drooke—. Recuerda, había una época en la que no existían medios de conservación que los naturales. O sea, no se habían inventado los frigoríficos.

—Quieres decir que guardaban alimentos en la cueva...

—Sí. Mantiene una temperatura relativamente baja y constante. Incluso es posible que la utilizasen como bodega.

—Ahora la han utilizado como cementerio particular —se estremeció la joven.

—Es el mejor lugar para ocultar sus crímenes. Probablemente, nadie conoce ya en la comarca la existencia de esa cueva. Y, por otra parte, cavar una sepultura, lleva tiempo y, sobre todo, puede dejar rastros.

—Los cuerpos estaban cubiertos con una pasta extraña —observó ella.

—Creo que es cera. Lo mismo daría si fuese otra sustancia cualquiera, yeso o cemento, por ejemplo. Pero esa cera es transparente y permite ver las facciones de las víctimas.

—¿Tiene eso algún objeto. Algy?

—No lo sé, a menos que pensemos en el posible sentimiento morboso de

ver de cuando en cuando a las víctimas. Pero también tienen otro objeto: La puerta no es absolutamente estanca.

—¿Quieres decir que... el hedor podría filtrarse al exterior? —exclamó ella, sintiendo una terrible repugnancia.

—Tal vez las personas no lo percibiesen, pero sí las alimañas, que vendrían aquí y ello podría llamar la atención de algún curioso inoportuno. Pero lo que no comprendo es la marca que los tres muertos tienen en medio de la frente.

Sigrid sintió un escalofrío.

—La huella del macho cabrío —adivinó.

—Sí —confirmó él—. Puede que se trate de simple sadismo... o de una firme creencia en una demoníaca religión. No lo sé; quizá algún día lleguemos a conocer la verdad completa. Por un lado, me inclino a creer en alguna fantasía ideada por Westerby para impresionar a almas crédulas. Pero, por otra parte, hay fuerzas sobrenaturales que actúan a veces sin nosotros y en más de una ocasión, sin que nos demos cuenta de ello.

Calló un momento y luego añadió:

—De todos modos, una cosa es segura: ya no podemos demorar más la intervención de la policía. Hemos encontrado tres cadáveres y lo que suceda a partir de ahora es cosa de la ley.

—¿No temes lo que le pueda suceder a Esther? —preguntó la muchacha.

—Sí, pero prefiero acabar de una vez con esta incertidumbre y con el estado en que se encuentra, sometida a presiones que ni siquiera nos imaginamos. Soy abogado y sabré defenderla.

—Sí, es lo mejor —convino Sigrid. Le miró escrutadoramente—. ¿Estás enamorado de ella, Algy?

Drooke vaciló un instante.

—No puedo asegurarlo de una forma rotunda, pero lo que sí deseo fervientemente es arrancarla a la situación en que se encuentra —respondió al cabo—. ¡Vamos! —añadió con repentina firmeza.

Agarró la mano de Sigrid y empezó a andar. Habían dado apenas una veintena de pasos, cuando alguien les bloqueó el camino con una escopeta de caza.

* * *

Richard Bañe sonreía perversamente.

—Sospecho que sus deseos de avisar a la policía van a quedar en eso: solamente deseos —dijo.

—Buenas intenciones, simplemente —sonó la voz de Westerby a espaldas de los dos jóvenes.

Sigrid lanzó un pequeño grito de susto. Drooke oprimió con fuerza su mano.

—No temas —dijo—, ¿Qué piensan hacer con nosotros? —inquirió.

—Si tienen la bondad de acompañarnos hasta la casa, se lo explicaré con mucho gusto.

Drooke respiró aliviado. Había llegado a temer por un momento que les encerrasen sin más en la cueva. Dentro de la casa, una tentativa de escapatoria tenía más probabilidades de éxito.

—Está bien, ¡remos con ustedes —dijo.

Westerby se hizo visible entonces. Sigrid pensó que, efectivamente, tenía la sonrisa de un demonio.

—Oiga —preguntó con tranquilidad que a ella misma le extrañó—, ¿es usted adorador del Diablo?

Westerby se echó a reír.

—Soy adorador de todo lo que pueda proporcionarme dinero —contestó.

—Oh, claro, entonces adora el puñal, la pistola, la cuerda, el veneno... y hasta la cera con la que recubre los cadáveres para conservarlos.

—Han estado en la cueva —adivinó el asesino, repentinamente enfurecido.

—Las mujeres, ya se sabe —dijo Drooke—. Siempre se dejan llevar por la curiosidad...

—Usted no se ha quedado atrás, pero esa misma curiosidad le va a costar muy cara.

Agitó una mano y el joven sintió en la espalda el contacto de los dos cañones del arma.

—¡Caminen! —gruñó el gordito.

Drooke y Sigrid reanudaron la marcha. Cuando llegaban a las inmediaciones de la casa, vieron un gran barril de metal, situado sobre una carretilla de cuatro ruedas. Drooke se preguntó qué podría contener el bidón, pero ya atravesaban la puerta posterior y penetraban en la casa.

Momentos después, llegaban al salón. Westerby tomó la escopeta que portaba Bane y le dijo algo al oído. El sujeto escuchó atentamente, asintió y luego dio media vuelta y se alejó.

Westerby movió el arma.

—Siéntese ahí —ordenó.

Drooke y la muchacha obedecieron. Drooke tenía la vista fija en la escopeta. En cuanto viera que Westerby dudaba un poco, saltaría sobre él y...

Pero no tuvo tiempo de seguir especulando sobre lo que debía hacer. Casi en el mismo instante, se abrió la puerta y Esther apareció en el umbral.

La joven emitió una exclamación de sorpresa al ver a

Drooke en la casa. Ames que pudiera pronunciar una sola palabra. Westerby dijo:

—Esther, querida, imagino que deseas conservar la vida del hombre al que amas. Si es así, indícame dónde guardaste el dinero y prometo que le dejaré vivir. En caso contrario, lo verás morir delante de tus propios ojos.

CAPITULO XI

Después de las palabras del asesino, se produjo un gran silencio. Drooke, sin embargo, fue el primero en hablar.

—¿A qué dinero se refiere, Westerby?

—Ese no es asunto de su incumbencia. Vamos. Esther...

—¿Ha traído otro incauto a la casa, como hizo con Grantland, y lo ha asesinado para robarle?

El rostro de Westerby enrojeció profundamente.

—Repito que eso no le importa en absoluto —exclamó casi a gritos.

Esther dio un paso hacia adelante.

—Aguarden —pidió—Es cierto, yo tengo el dinero. Lo escondí, después de que asesinaran a Brickell.

Miró profundamente a Drooke y continuó:

—Traté de conseguir que se marchase, que huyera antes de que fuese demasiado tarde, pero no lo conseguí. Ellos lo asesinaron, como asesinaron a Grantland...

—¡Calla! —rugió Westerby.

—¿Por qué? Ya hemos visto los cadáveres —dijo el joven tranquilamente —. Me parece que no debe importarle mucho que Esther cuente lo que sepa.

—Es que...

Sigrid interrumpió al asesino.

—Esther, ¿amas a Algy?

La joven dudó un instante. Sus hermosos ojos fueron al rostro de Drooke.

—No quiero que le suceda nada —contestó al cabo—. Diré dónde está el dinero; pero necesito garantías de que cumplirás tu palabra, Antón.

—Las tienes —afirmó Westerby.

—¿Nos dejará marchar ahora? —preguntó Drooke.

—No se haga ilusiones. Tiene que darnos algo de tiempo, para poder disponer de la suficiente ventaja.

De pronto, Drooke presintió que Westerby no cumpliría su palabra. Había cometido tres asesinatos y ellos habían visto a las víctimas. No, el asesino querría seguridad a cualquier precio y ese precio eran sus vidas.

—Esther, trae el dinero —dijo.

Ella dio media vuelta y salió de la estancia. De pronto. Sigrid se puso en pie.

—Eh, ¿adónde va? —exclamó Westerby de mal talante.

—Hombre, la situación no es muy agradable que digamos —respondió la muchacha—. ¿Le importa que me conforme con un traguito?

—Otro para mí, Sigrid —pidió Drooke.

—Sí. Algy.

El joven se encaró con Westerby.

—Dígame, ¿cree de veras en el diablo o todo es un truco para engañar a

personas crédulas? —preguntó.

—A él le debo todo cuanto tengo —respondió Westerby solemnemente.

—Hace algunos años, ahorcaron a un tipo que había asesinado a seis personas y conseguido un botín total de más de cien mil libras. El diablo le dio dinero... y una soga —dijo Sigrid displicentemente.

—Este no es mi caso. El me ayuda...

—Sí, pone la inspiración y usted el trabajo. El de asesinar, claro, y también el de tener secuestrada a esa pobre joven, a la que sabe Dios qué cosas habrá hecho creer.

Westerby se inclinó hacia adelante.

—Es una Rhylings. Todos están poseídos por el diablo.

Esther entraba en aquel momento, con un portafolios en las manos. Sin mirarla siquiera, Drooke hizo un añadido a las palabras de Sigrid:

—Y usted también, porque es un Rhylings.

Esther escuchó aquellas palabras y se detuvo en seco.

—¿Qué estás diciendo, Algy?

Drooke frunció el ceño.

—¿Acaso no lo sabías? —exclamó.

—¿Por qué no se calla? —bramó Westerby.

—Creía que estábamos aquí para hablar con toda franqueza —dijo el ¡oven —. Esther, ¿es posible que no hayas reconocido al hermano de tu padre?

—Pero murió —gritó ella.

—No. el que murió fue un enfermero. Luego él, pasado algún tiempo, fue dado de alta y abandonó el manicomio.

Esther retrocedió un paso.

—Tú eres...

—Entonces tenías pocos años y no le has visto hasta hace poco relativamente —dijo el joven—. Tiene el pelo claro, usa un gran bigote... No es extraño que no le reconocieras,

—Bien —gruñó Westerby—: en todo caso, eso tiene poca importancia. Esther, dame el dinero.

Ella apretó el portafolios contra su pecho.

—Espera —dijo—. ¿Qué garantías tengo de que los vas a dejar libres?

—Y a ella también —agregó Drooke.

Westerby miró sucesivamente a los tres.

—¿Por qué diablos ha tenido que entrometerse en algo que no le importaba? —exclamó rabiosamente.

Drooke fijó la vista en Esther. El detalle del reloj de Grantland vino a su memoria en el acto.

—Tal vez ella no se sentía a gusto con usted y quería que yo la ayudase a librarse de una opresión insoportable —contestó.

—¡No. no, eso no es cierto! —Gritó Westerby—. Ella está muy a gusto a mi lado... La he proporcionado lujos, vestidos caros, joyas, pieles...

—¿Cree que eso es todo lo que una mujer puede ambicionar en este

mundo?

Sigrid escuchaba muy interesada la conversación. De pronto, tocó el hombro del joven con una mano.

—Algy, ¿por qué no dejas que sea Esther la que nos diga si está o no satisfecha junto a Westerby?

Drooke escrutó el hermoso rostro de la joven. Ansiosamente, esperó su respuesta.

—No —dijo ella al fin—. No estoy a gusto junto a Westerby. Es más, deseo perderle de vista para siempre.

Drooke sonrió.

—¿Lo ha oído. Antón?

Las manos de Westerby se crisparon en torno a la escopeta. Su locura no se había curado, pensó Drooke.

—¿Para qué quería tenerla a su lado, Antón? —preguntó—. Ella no le ama...

—Pero es muy guapa y una mujer hermosa siempre es el mejor de los «ganchos» para atraer posibles clientes —intervino Sigrid.

—Claro. —Drooke chasqueó los dedos—. Así, Grantland y el otro vinieron, como moscas a la miel, sin saber que no iban a catarla siquiera. ¿No es verdad. Antón?

—Ella... —Westerby empezó a decir algo, pero cambió pronto de idea y tendió una mano hacia el maletín—. Dame eso, Esther —pidió ávidamente.

Drooke se atiesó. Quizá era éste el momento de apoderarse de la escopeta y provocar así un cambio radical en la situación.

Pero en aquel preciso instante entró Bañe. En un instante apreció el estado de las cosas y. con gesto rápido, sacó una pequeña pistola y apuntó al joven.

—Adivino lo que está pensando. Drooke. No se mueva o le pegaré un tiro.

* * *

Westerby pareció relajarse un tanto, al llegar Bane y ayudarle a dominar la situación. Drooke, por contra, torció el gesto. Ahora debería enfrentarse con dos adversarios y las posibilidades de éxito eran ya poco menos que nulas.

Esther seguía aferrando el portafolios con las dos manos.

—Tienes que dejarlos marchar —exclamó—. ¡Ahora!

—¡No! —Gritó el asesino—. Primero nosotros...

—¿Es que no tienes bastante dinero ya? —Preguntó Drooke—. No puede habérselo gastado todo, Antón.

—Eso no le importa...

—A Grantland le despojó de setenta y cinco mil libras. Ahí, en la cartera, debe de haber otro tanto. Esther desbancó una noche y ganó... ¿Cuánto?

—Casi cincuenta mil —respondió la aludida.

—Bueno, son doscientas mil libras. Antón, no se quejará de que el diablo no se ha portado bien con usted, me parece.

—Aún es poco —gruñó Westerby.
—Demasiado avaricioso —calificó Sigrid.
—Y si gané, no fue por arte de magia —declaró Esther sorprendentemente.
Drooke arqueó las cejas.
—¿No?
—El croupier estaba de acuerdo conmigo. Antón le dio veinte mil libras dos días más tarde.
El joven se echó a reír.
—Westerby, si yo fuera Satán, me enfadaría muchísimo con usted. ¡Vaya una falta de confianza en el señor de las tinieblas!
Bañe soltó una risita. Westerby se enfureció.
—Cállese —bramó, colérico.
—Deberíamos acabar de una vez —dijo Bañe, impaciente y nervioso a un tiempo.
—Has prometido que los dejarías marchar. Antón —le recordó Esther.
—Y ella vendrá también con nosotros —insistió Drooke.
Westerby movió la cabeza negativamente.
—Eso no. ¡Nunca! —exclamó.
—¿Por qué, Antón?
—¿Es que no lo comprende, maldita sea?
—Está enamorado de ella —adivinó Sigrid.
—¡Pero es su sobrina! —alegó Drooke.
—He conocido matrimonios entre tío y sobrina, Algy.
—No me casaré con él —dijo Esther—. Nunca fui suya ni lo seré jamás.
—Al menos, es un consuelo —observó Sigrid.
—Con el tiempo, cambiará de modo de pensar —aseguró Westerby.
Drooke creyó imaginarse lo que pensaba el asesino. Quizá por el mismo desdén de Esther, su obsesión hacia ella se había acentuado hasta límites increíbles. Aunque no consiguiese hacerla suya, al menos, la tendría a su lado y disfrutaría de su presencia.
De pronto, Westerby se golpeó el pecho con la mano izquierda.
—¡Es mía, mía! —aulló—. Satán me lo dijo: le puso su marca para sellar el pacto de entrega. ¿Lo comprenden ahora?
—Esa huella la hizo usted, de alguna forma que ignoro...
De pronto, Westerby dio media vuelta y salió de la estancia.
—No se muevan —ordenó Bañe, apretando la pistola con fuerza.
Drooke le miró fijamente.
—Richard, usted es cómplice de ese asesino. Ayúdenos, le ayudaremos, cuando llegue la ocasión...
—Ni lo sueñen —rechazó el gordito la sugerencia—. Estoy demasiado metido en este asunto y, además, me gusta. Se gana dinero, ¿saben?
—Mediante el asesinato.
—Esos tipos no merecían seguir viviendo. A su modo, también asesinaban a la gente. Traficaban con drogas, armas...

—Y tenían dinero, que es lo importante —añadió Sigrid.

Drooke tenía la vista fija en Esther, que parecía como sumida en una especie de trance. ¿Acaso estaba sometida a un extraño influjo hipnótico?

—Esther —llamó de pronto.

Ella pareció reaccionar.

—Eh... Dime. Algy.

—¿Deseas abandonar a Westerby o prefieres seguir a su lado?

—Me iré con él, si ello ha de servir para salvarte la vida, y la de ella también —contestó la joven.

No. no había hipnotismo, dedujo Drooke, sino, simplemente la influencia de una fortísima personalidad, cruelmente avasalladora, para la que el alma de Esther era como arcilla fácilmente moldeable. Esther, pensó, habría necesitado a su lado a un hombre comprensivo, que le hubiese permitido desarrollar plenamente su propio ser. De alguna forma. Westerby había llegado a conocer a la joven y obtenido así los resultados. Esther atraía a los «clientes», obtenía dinero mediante el crimen... y, además, la tenía siempre a su lado.

De repente. Westerby entró en la sala, con un objeto en la mano. Al verlo. Sigrid lanzó un chillido de pánico.

Drooke se puso en pie. Miró a Westerby un instante; en los ojos del asesino había un brillo de insania fácilmente perceptible.

* * *

El joven tragó saliva.

—Oiga, no pretenderá...

Westerby tenía en la mano un hierro, con mango de madera. El extremo del hierro estaba al rojo vivo y ofrecía unos contornos muy peculiares.

—De modo que con eso hacía usted la señal de la pata del macho cabrío —adivinó.

—Satán me lo ordenaba —contestó Westerby—, Ahora me ha ordenado dejar esta huella en vuestras frentes.

—¡No! —chilló Sigrid, espeluznada.

Drooke retrocedió un paso. Westerby estaba completamente loco. Tal vez su hermano, años atrás, la había iniciado en aquel culto diabólico y su mente, en la actualidad, no podía desprenderse de unos sentimientos enfermizos, que, en ocasiones, le hacían confundir la fantasía con la realidad.

En aquellos momentos, pensó. Westerby creía ser un auténtico instrumento del demonio.

—Suelte eso —gruñó.

—No —contestó Westerby—. Se irán de aquí, pero, mientras viva, llevarán la huella de Satán, mi señor.

—Déjalos. Anión —pidió Esther.

—Después de marcarlos...

Westerby avanzó un paso más. Súbitamente. Esther le arrojó la pesada cartera, alcanzándole de lleno entre los hombros.

El asesino trastabilló y amenazó con caer al suelo. Por instinto, soltó el hierro, que cayó sobre la alfombra, la cual empezó a humear de inmediato.

Se oyó una horrorosa blasfemia. Westerby se volvió, enloquecido de ira. Drooke se dijo que era hora de actuar y saltó sobre él, derribándole al suelo de un formidable empellón.

En el mismo momento. Bañe salló a un lado y apuntó al joven con la pistola. Sigrid lanzó un terrible grito:

—¡Cuidado. Algy!

Drooke se volvió. El gnomo estaba a cuatro o cinco pasos de distancia y tomaba puntería con todo cuidado. De pronto, Esther dio un salto lateral y extendió ambas manos.

—¡No. no! —gritó.

Era ya tarde. El tiro salió y la alcanzó de lleno en el pecho. Esther lanzó un gemido, vaciló un instante y luego, cuando sus rodillas se doblaron, cayó al suelo muy despacio.

Durante un segundo. Sólo hubo silencio en la sala. Luego, de pronto. Westerby lanzó un gemido de fiera herida.

—Maldito, la has matado...

Bane permanecía aturdido, incapaz de reaccionar, después de haber hecho algo inesperado. Esther yacía en el suelo, con una mano sobre el pecho y los ojos cerrados.

Bruscamente. Westerby saltó sobre el desconcertado sujeto, le arrebató la pistola de un manotazo y disparó contra él.

Bañe chilló horrorosamente, tratando de parar las balas con las manos, en un inútil gesto de defensa. Westerby hizo fuego un par de veces más. El gordito emitió un indescriptible rugido, puso los ojos en blanco, giró violentamente sobre sí mismo y se desplomó al suelo.

Luego Westerby se arrodilló junto a Esther.

—¿Por qué? —sollozó—. Yo te amaba...

Drooke se sentía terriblemente impresionado por lo sucedido. Esther, lo había visto con toda claridad, había muerto por salvar su vida. Pero, de pronto, notó un ligero contacto en el costado.

Volvió la cabeza. Sigrid le dirigió una mirada significativa.

Era preciso aprovechar la ocasión. Westerby, anonadado, parecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

Drooke asintió. Volverían en otro momento y bien acompañados. Ahora era imperativo salir de aquella horrible mansión.

Agarró la mano de la muchacha y se dirigió hacia la puerta. Cuando se disponía a salir, oyeron un aullido.

—¡No, ustedes no! ¡Quietos ahí! —.ordenó Westerby.

CAPITULO XII

El asesino se había incorporado y les apuntaba con la pistola. En sus ojos había una luz de locura infinita, aunque, extrañamente, se mantenía sereno.

—Tienen que ayudarme —añadió.

—¿Ayudarle? —se extrañó Drooke.

Westerby agitó la pistola.

—Levántela —ordenó.

El joven vaciló un instante. Luego se inclinó y alzó el inerte cuerpo de Esther. Uno de los brazos de la muerta quedó colgando fuera, con leve balanceo.

—¿Y ahora?

—Salgan los dos delante de mí.

Drooke cambió una mirada con Sigrid.

—Es mejor que le sigamos la corriente —cuchicheó.

—Sí, de acuerdo —contestó ella.

Por el momento, pensó el joven, Westerby necesitaba de su ayuda, aunque no se imaginaba qué pretendía hacer. Pero confiaba en distraerle en algún momento y entonces...

—Caminen hacia la parte posterior de la casa —dijo el asesino.

Lentamente, cruzaron el vestíbulo y las habitaciones traseras. Al salir fuera, Drooke divisó algo que le dejó estupefacto.

El bidón que habían visto antes estaba destapado y humeaba. Drooke vio fuego encendido en su base.

Pero no era fuego de madera, sino un potente hornillo eléctrico, situado sobre un recio trípode de hierro, que sustentaba la base del bidón, la cual quedaba así a unos cincuenta o sesenta centímetros del suelo. Un olor especial llegó a su nariz y le hizo arrugar el entrecejo.

Westerby dio otra orden.

—Usted, traiga aquella tabla —se dirigió a la muchacha.

Sigrid obedeció. Parecía una puerta muy estrecha, compuesta por dos tablas solamente. Pesaba bastante y le costó dejarla en el suelo, cerca del bidón.

—Ahora, póngala encima —añadió Westerby.

Drooke dejó el cuerpo de Esther sobre la tabla, de la anchura para evitar que tocase el suelo. Luego miró a Westerby.

—Eso que hay en el bidón es cera —dijo el asesino.

—¿Cera? —repitió Sigrid.

—Sí, una composición mía, que la convierte en una capa transparente y permite la conservación indefinida del cuerpo humano. Es una fórmula mía —añadió orgullosamente—. Soy químico, ¿lo sabían?

—El químico actual es el alquimista de la Edad Media —observó Drooke—. Algunos alquimistas tenían tratos con el diablo.

—Los tiempos cambian, pero las costumbres se mantienen. —La cara de Westerby se convulsionó repentinamente—. Ella seguirá siempre con su maravillosa belleza... ¡En cuanto al hombre que la mató, lo arrojaré al campo, para que sea pasto de las alimañas!

Sigrid sentía un horror infinito, pero, de pronto, descubrió con gran sorpresa que no era un sentimiento hacia sí misma, sino que era horror por lo que Westerby hacía y decía, por la demencia que se había apoderado de su espíritu y que no le permitía razonar con lógica.

Y cuando hubo terminado tal razonamiento, se sintió muchísimo más tranquila. Por ahora, presintió, estaban seguros.

De pronto. Drooke levantó una mano.

—Oiga, si le arroja la cera hirviendo, abrasará las facciones que quiere conservar —objetó.

Westerby señaló con la mano izquierda una pequeña lata metálica.

—Vierta sobre su cuerpo el contenido de esa lata. Es un refrigerante que evitará las quemaduras y, al mismo tiempo, acelerará el proceso de solidificación de la cara.

—Ah, siendo así...

Drooke agarró la lata y empezó a desenroscar muy lentamente el tapón. Westerby tenía ahora la vista fija en la muerta. Lanzaría a su rostro un chorro de líquido y...

Cuando se disponía a ejecutar la acción sucedió algo inesperado.

Bañe apareció de súbito en la puerta, con el rostro desencajado, chorreando sangre por las heridas que tenía en el cuerpo. Había en su redondo rostro una expresión de odio infinito y sostenía en las manos la escopeta que Westerby había cambiado por la pistola.

—Maldito... —jadeó— Me han matado, pero tú... no vivirás demasiado...

Westerby lanzó un aullido de sorpresa. Con manos inseguras, levantó la escopeta y trató de apuntar al asesino, pero Westerby, a su vez, procuró ponerse a salvo y se situó al otro lado del bidón.

—¡Quieto. Richard! —gritó—. Tira el arma...

Drooke agarró a la muchacha y la hizo retroceder. En aquel instante. Bañe, lanzando una satánica carcajada, tiró la escopeta a un lado y se abalanzó contra el barril que contenía la cera.

Golpeó la pared de metal con ambas manos. El bidón se volcó de golpe.

A su vez, el bidón golpeó a Westerby y le hizo caer de espalda al suelo. Un torrente de cera fundida cayó sobre el sujeto, cuyas ropas empezaron a humear en el acto.

Westerby abrió la boca para lanzar un grito horripilante, pero calló instantáneamente, cuando el río de líquido ardiente penetró por sus fauces. Espeluznados. Drooke y Sigrid le vieron saltar con espantosas convulsiones, cubierto de cera de los pies a la cabeza, abrasándose vivo en aquel líquido hirviente.

Westerby daba unos saltos espantosos. De pronto, cayó al suelo y se quedó

casi inmóvil.

Sus piernas se agitaban todavía de vez en cuando. En la atmósfera flotaba un hedor indescriptible.

Bañe se había sentado en el suelo. Jadeaba entrecortadamente. De pronto, se inclinó a un lado y se quedó quieto.

Al cabo de unos momentos, Drooke reaccionó. Acercándose a Esther, la tomó nuevamente en brazos y se dispuso a entrar en la casa.

—Sigrid, habrá que avisar a la policía —dijo.

—Iré en uno de los coches que hay aquí —contestó ella.

De pronto, se oyó ruido de motores al otro lado de la casa. Varios hombres aparecieron en la explanada posterior.

Drooke reconoció a uno de ellos.

—Creo que llegas un poco tarde, Ed —dijo.

Colquhart meneó la cabeza.

—Hacía tiempo que seguíamos la pista a unos desaparecidos —respondió—. La policía no es infalible. Algy.

Drooke avanzó hacia la casa.

—Al menos, los asesinos han pagado sus crímenes —murmuró.

* * *

Esther yacía sobre su cama, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Parecía dormir. En cualquier momento, despertaría, le sonreiría..., pero Drooke sabía que ya no vería más sus maravillosos ojos y no contemplaría su sonrisa llena de encanto.

Las horas habían pasado sin que se diera cuenta. Ya era de noche.

Sigrid entró en el dormitorio y le puso una mano sobre el hombro.

—Algy.

Drooke pareció salir de un pesado sueño.

—Dime, Sigrid.

—He pensado una cosa... Enterraremos a Esther en la cueva, ya se han llevado los otros cuerpos... Creo que es el lugar más adecuado para su sepultura. Haré construir una puerta de mármol... Convertiré aquel lugar en un jardín. Será un digno monumento funerario para una mujer que dio la vida por salvar la tuya y, con seguridad, también la mía.

—Entonces, piensas comprar Rhylings Place.

—Sí, o no podría construir ese monumento y quiero que se haga —respondió la joven.

—Pero la leyenda. El ambiente...

—Las leyendas se desvanecen con el tiempo. En cuanto al ambiente, lo hacen las personas con sus actos. Todo depende de los seres vivos. Algy.

—Sí, creo que tienes razón. Es una buena idea, Sigrid. No sé cómo darte las gracias...

Ella oprimió suavemente el hombro del joven.

—Creo que es mi deber —respondió.

Drooke lanzó una última mirada dolorida al rostro de Esther. De pronto, captó un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces.

Alargó la mano y separó un poco los cabellos que cubrían su frente.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Algy, ¿qué sucede? —preguntó Sigrid.

—Su frente... está limpia, sin la huella del diablo...

Los ojos de la joven se desorbitaron.

—Es cierto —dijo—. Pero... ¿no sería una marca postiza? Quiero decir, una especie de adhesivo...

—No —contestó él firmemente—. Toqué la huella. Formaba parte de la epidermis. No había engaño, no era un truco.

Sigrid abrazó estrechamente a Drooke.

—Algy, ¿sabes qué significa eso? La maldición de los Rhylings ha desaparecido. Ella la borró al precio de su vida, por salvar las nuestras. Era la acción que debía realizar, para conseguir que se borrase para siempre el estigma que pesaba sobre su apellido.

Drooke asintió, mientras seguía mirando fijamente a Esther. De pronto, le pareció que ella sonreía dulcemente.

Era una sonrisa que venía del más allá, como una bendición y un estímulo para seguir viviendo.

—No te olvidaré jamás —murmuró.

* * *

Algunas semanas más tarde. Drooke oyó que llamaban a la puerta de su casa y fue abrir.

Era Sigrid.

— Hola —dijo la joven—. ¿Cómo andas de trabajo?

—Tengo bastante. Por fortuna, no me falta —sonrió él.

—Y te desenvuelves bien.

—Empiezo a adquirir crédito en la profesión.

—No sabes cuánto me alegro. Pero ¿no puedes tomarte un par de días de descanso?

—¿Qué te propones, Sigrid?

—Algy, el pórtico del mausoleo está ya. Me gustaría llevar unas flores.

Drooke comprendió en el acto.

—Me parece muy bien —contestó.

—Y no me agradaría hacer el viaje sola.

—Estaré listo dentro de diez minutos —aseguró Drooke.

Un cuarto de hora más tarde, embarcaban en el coche de Sigrid, que ella misma conducía. Al cabo de un rato, dijo:

—Así que tus asuntos profesionales marchan viento en popa.

—En efecto, así es. Pero hubo una época desastrosa para mí.

—Fue cuando llegaste a Rhylings Place por vez primera, ¿no es cierto?

—Sí. La verdad es que me había visto envuelto en un lío bastante desagradable y tuve que empeñar hasta la camisa, para quedar libre de todo compromiso.

—Pero lo solucionaste al fin.

—Desde luego. Y, además, me sirvió para adquirir experiencia.

También le había servido para conocer a una mujer maravillosa, que había muerto por salvarle. Se preguntó si Esther habría consentido en ser su esposa, de haber conseguido liberarla de la maléfica influencia de Westerby. Era algo que nunca sabría, se dijo con amargura.

Pero siempre la tendría presente en su mente. Y el recuerdo de Esther se ¡ría suavizando con el tiempo y convirtiéndose en una evocación llena de melancolía, que no perturbaría su futuro.

—El que no se encuentra muy bien es Ramsay, el dueño de la gasolinera —dijo ella de pronto.

—¿Sí? ¿Qué le pasa?

—Estuvo a punto de volverse loco, cuando despertó en cerrado en la cripta. Creyó que iba a morir de hambre y de sed... Ahora está en un sanatorio.

—Desearía que se curase, pero no se portó demasiado bien. Hubiera callado los crímenes por un puñado de dinero.

—Algy, todos no podemos resistir la tentación. Sé comprensivo, hombre.

—Lo siento. De modo que Rhylings Place es tuya ahora.

—Sí, aunque de momento no pienso habitarla. Creo que dejaré pasar un año o cosa así. Hay recuerdos que conviene suavizar con el tiempo. Algy.

—Tienes toda la razón —contestó él—. Sigrid, supongo que me permitirás visitarte de vez en cuando.

—Siempre que quieras. Algy.

Un semáforo se puso en rojo y ella paró el coche.

—Algy, tengo un asunto que me gustaría solucionaras —dijo.

—¿Negocios?

—En parte, sí: pero en parte también se trata de un asunto personal.

—¿Crees que soy el indicado para ello?

Sigrid sonrió. El semáforo saltó al verde y pisó el acelerador nuevamente.

—No podría encontrar otro mejor que tú —contestó.

Drooke se retrepó en el asiento.

—Vamos, empieza a hablar —solicitó.

—Empieza tú, hombre —contestó ella alegremente.

Drooke sonrió.

—Creo que te comprendo —dijo—. Pero... ¿estás segura?

—Absolutamente —confirmó Sigrid con gran énfasis—. Y si yo te necesito a ti, ¿no me necesitas tú a mí?

—Sigrid, estoy seguro de que, en lo sucesivo, no podremos pasarnos el uno sin el otro —dijo él solemnemente.

El coche se movía ya velozmente y, aunque iban al encuentro de la tumba de Esther, su recuerdo parecía quedar atrás a cada vuelta de las ruedas.

FIN